

REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe: V. CALVO-ACACIO



Á LOS QUE NOS LEAN.

Esta REVISTA es la obra del esfuerzo generoso de unos pocos, y por donde quiera que la miren, dirá: Arte.

Y el Arte, crean lo que quieran algunos negociantes en harinas y demás artículos de primera necesidad, no es cosa tan deleznable. Quitadle á los hombres ese resto de sueño y de poesía que constantemente se escapa de las almas como el humo de una lámpara votiva y habréis suprimido lo único que á través de este inmenso desierto dá encanto á la vida.

Ciertamente que un molino es cosa por demás agradable cuando está en el fondo de una cañada, bajo unos chopos donde los jilgueros vienen de mañana á posarse, y porque en los días de molienda suelen oírse en ellos cantos llenos de dulcedumbre.

Con lo que se quiere dar á entender que un verso del poeta mantuano vale bien por todas las divagaciones financieras del Sr. Villaverde y aún más, si es que no se incomodan sus correligionarios en esta plaza, y que buscar la tracamundana de los garbanzos no debe ser óbice, como se decía en tiempo del Paquiro y de la Malibrán García, para dedicar á los poetas hablaren de sus tristezas ó de

sus alegrías una media hora, que no es mucho, de las veinticuatro que tarda el sol en dar la consabida vuelta.

Máxime que con el contenido de esta REVISTA jamás añadiréis al espíritu esa ciencia que, según el sábio del *Eclesiastés*, es causa de dolor, porque ni las elucubraciones han de ser muchas, ni aquellas que lo sean dejarán de llevar su rótulo como las flechas envenenadas con que el héroe de Daudet se asustaba á sí mismo en su recatada casa de Tarascón. Y así, cuando encontréis algo que huela á biología, filosofía ó paleontología, ¡oh, amabilísimas lectoras!, pasad adelante, considerando que con un poco de Chopin, algo de Gustavo Adolfo y tal cual zurcido, si hiciese falta, tenéis bastante. No os abandonéis en brazos de esos despiadados folletines, donde eternamente hay un conturbador vizconde que arrebató bajo la luna á una blonda baronesa, pues al menos, nosotros respetamos la paz de las familias. Algo más queríamos decirte, lector, pero no acertamos en esta desoladora insuficiencia del verbo humano en que la mitad de las cosas han de quedarse siempre por decir. Aparte de que:

...siempre me pagué de pequenno sermón
e de duenna pequenna e de breve raçon.

LA REDACCIÓN.

CRÓNICA

La anciana é hidalga España es una ruinoso y pobre nación, que solo sabe sentir la tristeza. Los secos y enjutos hombres de ce-trina faz, que Pantoja y el Greco tan bien supieron conocer y trasladar al lienzo, nunca saborearon los preciados dones de la alegría. La última Feria de Valencia me ha hecho comprobar una vez más esta penosa observación con esa frieza lapidaria que la crueldad abrumadora de la vida pone en todos los hechos.

En el Real, adornado y rumoroso; en los pabellones de oriental estilo, bajo la suave caricia de las luces; en las sórdidas horchaterías, sobre las desvencijadas sillas, ante las despintadas mesas, perennemente ha desfilado el torturante y monótono cortejo: caras pálidas, rechupadas y melancólicas; ojos llorosos, oscurecidos; bocas de duro fruncir, cabezas inclinadas, con esa inercia desconsoladora que da el desengaño; andares cansados, actitudes de convalecientes. Entre los rojos y carnosos labios de las hermosas nacidas bajo el espléndido y cegador sol que alumbró á Cervantes, rara vez juguetea la sonrisa, y si fugaz asoma, llena á las almas de dolores, porque en ella vive toda la amarga ironía que D. Gustavo Flaubert supo poner en aquel libro enorme que él llamaba de sus venganzas.

Es labor inútil cuanto se haga por hallar en España un rincón adorable, fuente de consuelo, donde reine la alegría sana y fuerte, con que frente al mar bailaban en las fiestas dionisiacas los helenos, aquellos sabios y lógicos humanos, que como ningún otro pueblo, supieron sumergirse en el seno amoroso de la gran Naturaleza.

Al final del ancho paseo están los pobres barracones, que, resignados, parecen dormir. La imaginación, siempre ansiosa de belleza, en vano se esfuerza por hallar en ellos el soñador y nostálgico ambiente de bohemia, que ensalzaron los buenos poetas de otros tiempos. El dulce encanto que todo lo errante tiene, entenebrécelo la torturante existencia

de los que, como los perros vagabundos que en los caminos ladran, solo pueden vivir del harapo y del despojo.

En los retozones compases de los funambulescos vales que á sus puertas suenan, ha puesto el tiempo despiadado, desafinando los fatigados organillos, raras notas que semejan tristes ayes de pobres almas condenadas, que no conocieron la dicha.

Entremos en uno cualquiera. Es un misero tinglado de incomprensible forma, construido con sucias y astilladas tablas. Dos aparatos de oxidado metal, en cuyo interior se produce acetileno, derraman por el local tonos plateados y lunares que alargan las sombras vagamente. Sobre el suelo arenoso hállanse clavados torcidos y estrechos bancos, que crujen penosamente bajo el peso de los sudorosos cuerpos aldeanos. Las fisonomías, curtidas y severas, tienen una pasividad indiferente que atormenta. Un soldado, con el ros sobre la oreja derecha, se mira el uniforme con mal disimulada vanidad, mientras sobre el suelo traza con el sable, haciéndolo sonar, designales signos reveladores de una no muy buena ortografía. Por entre las junturas de los mal unidos tablones, tímidamente penetra la azulosa luz que en la augusta tranquilidad de los cielos vierte la luna pausadamente caminando.

Córrese trabajosamente el mugriento y agujereado trozo de percal que sirve de telón. Sobre el estrecho tablado aparece un asno, cansino y bueno, que aparenta entender el dulce y armonioso lenguaje de los hombres. Junto á él está su domador, alto, de grandes bigotes caídos y apagado mirar, vestido con amplias y blancas vestiduras, á la manera de los grotescos payasos, en las adorables y graciosas pantomimas en que Pierrot y Colombina se cuentan amores. Llámase el asno Rigoletto, y á las palabras de su amo, en que viven remembranzas de extraños y olvidados idiomas, contesta moviendo la cabeza pesadamente, como si con ella no pudiese. Los ojos, dos grandes ojos húmedos y bondadosos, miran con resignada humildad, esparciendo en torno la adorable poesía que todo lo que sufre sin protesta logra poseer.

Poco más allá, en otro barracón, dos pobres niños, sudorosos y tristonos, bailan torpemente al compás de una ronca y desencuadrada guitarra de mendigo, vestidos con grotescos y remendados trajes de clásicos boleros. La música española andaluza es sugestiva y soñadora, como los perdidos romances en que los sabios y guerreros califas recitaban sus amores y sus luchas, bajo la voluptuosa y adorable sombra de los naranjos enfloridos.

Ella, la pequeña bailarina, es una chiquilla de cabello rojo, enmarañado, selvático, narices hundidas y desafortadamente angulosas, dientes negruzcos y desiguales, pálidos y abultados labios en que la escrófula dejó la huella de su paso. El es delgado, con largo cuello y picaresco mirar, tiene ojos de ratón y cabeza de hidrocéfalo. Bailan con una indiferencia brutal, de muñeco, que causa pena.

De más lejos, de entre la verde penumbra de un cercano huerto, trae el viento una canción. Todos los cantos españoles son tristes; hechos solos para cantar penas y sufrimientos. En el fondo de todos ellos viven siempre las lágrimas. Los que en las calinas y africanas noches del Mediodía suenan bajo la parra que lánguidamente desmaya sobre la carcomida armazón de obscuro color, palpitan desgarradoras evocaciones. Dijéranse hechas de gemidos. Cárceles húmedas y lóbregas, madres muertas, hembras que no quieren y traicionan, amigos que asesinan.

En el interior sentido de los cantos gallegos y asturianos vibra toda la tranquila y melancólica serenidad de los prados verdes y húmedos, de los valles silenciosos en que el eco repite sin descanso el golpear del agua en el molino venturoso, escondido bajo el sombrero pensativo de los castaños. En la Jota, que de alegre fama goza, hay más deseo de aturdirse que verdadera alegría. Todos los cantos españoles tienen un no sé qué de lento y grave que recuerda el ritmo severo del canto Gregoriano, nacido para resonar bajo los sillares de verdinegra patina, en bóvedas y columnas agrupados por hábiles y anónimos artistas. Pero para poder conocer toda la honda tristeza en que España se ahoga y agoniza, es imprescindible

ir á las calizas y calvas mesetas de Castilla. Viendo marchar en las tardes de la árida estepa castellana, por las asoleadas y polvorientas carreteras, los pesados carros catalanes, con sus mulas de cabeza caída y lento andar, con su carretero que dormita sobre el heterogéneo montón de sacos y cajones de la carga, no cabe dudar ni resistirse á la martirizadora idea.

Mirad los viejos y estériles pueblos, de ruinosas casas, con sus paredones desmoronados, sobre los que picotean las gallinas; con sus tejados corcovados, sesteando al consuelo de la anciana iglesia, perdidos en las llanuras inmensas, sin árboles, sin más adorno que el monótono surco, hecho por el arado en las agotadas tierras; recordad aquellas viejas apergaminadas, arrugadas y marchitas, dobladas, encogidas, cerca del fuego de modesta y azulada llama, con que bajo el ahumado perol que de la negra y grasienta cadena pende, arden los retorcidos sarmientos de amarillento color; evocad las grises cordilleras de graníticas rocas, desnudas de vegetación; pensad que hasta la danza, para poder vivir, ha tenido que transigir con la lujuria, y os convenceréis de que nuestra tristeza no tiene remedio.

El espíritu sombrío del cristianismo pesa sobre nosotros. En el fondo de todos vive un franciscano que nos obliga á rezar con inconsciencia infantil, cuando en la soledad de los campos, de lejana ermita se siente llegar el místico toque de Oraciones.

No está en esto todo. Mucho supone también el problema de la alimentación. La frugalidad de nuestras comidas no impide reír de franca y regocijante manera. Carecemos de la alegría del vivir. Solo conocemos las malas horas en que los bajos fondos de la conciencia se agitan haciéndonos sufrir. Tenemos la obsesión de la muerte inoportuna. Morir á tiempo nunca lo hemos sabido. Las más refinadas negruras psicológicas nos han perseguido siempre, y en nuestros espíritus nunca brilló la esperanza.

Sobre la tristeza de nuestra tétrica España podrían componerse tan amargos lamentos como los que se leen en el Eclesiastes.



PONTÍFICES DEL RE-
NACIMIENTO. — JU-
LIO II Y LEÓN X.

I

Respira el cautivo con amplitud cuando la libertad franquea las puertas de su calabozo; así respiró Roma después de los Borgia; el siglo XV dió fin á su centuria con los desórdenes, atropellos y tiranías del terrible Rodrigo y del renegado César; la historia solo debe hacerles la justicia de que cuanto hicieron, siguiendo caminos más ó menos tortuosos, fue todo en bien del papado y del poder temporal. Al morir Alejandro VI dejó á la Iglesia fuerte y robusta. Pío III, que le sucedió, no pudo apenas, en un mes escaso que Dios le otorgó de vida, darse cuenta de su alta dignidad; para Julián de la Rovere estaba destinado el brillante porvenir de abrir en Roma la era de paz, de trabajo y de vida intelectual que se llama el Renacimiento.

Turbulenta la Edad Media, más si cabe que la Antigua, férreo período de luchas sangrientas, de ceguedad fanática y desbordadas pasiones, descuidó de lamentable modo las ciencias y las artes. No fué el siglo XVI muy pacífico y reposado, pero sí lo suficiente para que tantos cerebros dormidos ó aterrados, tantas supersticiones banales ó pueriles, hallaran, unos, su desarrollo, desapareciendo las obras en la sombra. A la alquimia, á la cabalística, al empirismo médico sucedieron otras razonadas, fruto de útiles y profundas investigaciones; la literatura y la poesía brillaron esplendorosas y una verdadera pléyade de artistas inmortales llenó Italia para glorificarla y engrandecerla.

Julio II, al subir al solio de San Pedro encontró á la ciudad y al Estado Pontificio respetados por todos y llenos de poder y de grandeza. Los nobles subyugados, la Romaña reunida al patrimonio real; las facciones feudales y populares, destruidas por el centelleante

acero de César Borgia, todo era garantía de paz y de bienestar para Julián de la Rovere al ceñir el anillo del Pescador. Tenía sesenta años cuando fué consagrado en la vieja Basílica de Pedro. Sus altas virtudes purificaron el amargo recuerdo de su extraviado antecesor; su ascetismo y rectitud levantaron en el Sacro Colegio más de una protesta sorda, que el Papa supo sofocar con la energía de que dió muestras al proclamarse á sí mismo «esposo militar de la Iglesia» y hacerse retratar ceñida la armadura y con broquel y lanza. A los venecianos, al Duque de Ferrara y al Rey de Francia les demostró durante varios años, que la cogulla no excluye la espada, y que el afán de las riquezas y de las conquistas, condenado por Jesucristo como principio, puede y debe ser estímulo respetable para deslumbrar con los esplendores de la tierra la altísima representación del Paraíso. Julio II no quería una Iglesia pobre y desprestigiada; aborrecía la bohemia natural en los primitivos tiempos de sencillez cristiana; la piedra sobre la que Dios edificó su Iglesia la columbraba el Pontífice sembrada de diamantes y de esmeraldas, recamada de oro y bañada en luz.

Hombre de áspero carácter, subido al solio cuando ya las pasiones juveniles están apagadas por la edad y la esperiencia, enérgico, frío, y á veces terrible, fué Julián de la Rovere un gran Papa, el Papa que necesitaba Roma en el siglo XVI. A sus ansias guerreras por el supremo poder de la Santa Ciudad, sucedió el llevar á la práctica sus teorías de embellecimiento y magnificencia; este anciano, ardiente y cejijunto, llenó á Roma de arte y de poesía; ante su báculo de palo, sus barbas blancas y mirada torva, levantóse el monumento inmortal del Renacimiento romano.

La emigración de los sabios griegos, después de la toma de Constantinopla por los turcos, había despertado, sobre todo en Florencia, la afición á las lecturas clásicas; meditábase mucho, y el reciente invento de Guttenberg propagaba en las prensas alemanas y francesas cuantas obras de la antigüedad merecían estudio detenido. En Maguncia y en

Lyón repetíanse las ediciones hebreas, griegas y latinas, y el alimento intelectual era sabroso y abundante para los estudiosos del siglo XVI.

Hablábase mucho en Roma de cierto joven florentino, que lo mismo imprimía al lienzo que al mármol el destello de su poderosa inspiración. Era éste Buonarrotti, destinado á inmortalizar la Capilla Sixtina dejando en ella lo eterno. Su ciudad natal le concedió, con notoria ingratitud, muy poca atención en un principio, y cuando en Roma le dió á luz el Cardenal Jorge de Amboise presentando á los atónitos ojos de los artistas la incomparable *Pietà* del gran maestro, celosa Florencia, le llamó á su lado, tegiendo coronas para aquel que poco antes tan sólo merecía glacial indiferencia.

Julio II sentíase valetudinario y achacoso; su constante deseo de magnificencias deslumbradoras le tenía preocupado y pensaba dejar en su tumba el sello de la inmortalidad. Conocedor en hombres y en cosas, llamó sin vacilar á Miguel Angel por medio del gonfalonero Soderini, seguro de que el artista florentino construiría para su mausuleo algo parecido á los de Augusto ó de Adriano, de Agripa ó la Metela. El proyecto pareció tan sublime y grandioso al Papa, que la Basílica de San Pedro antojósele ruin estuche para tan gran joya. Llamó al arquitecto Bramante y salióse con él y con Buonarrotti á la plaza de San Pedro. Estendió el cayado en dirección á la enorme iglesia fundada mil doscientos años antes, y con gruñón acento dijo dirigiéndose al arquitecto asombrado:

—¡Échame eso á tierra y levanta un templo más hermoso que el de Salomón!

Al conocer la estupenda noticia prosternáronse á sus piés los Cardenales, pidiéndole con lágrimas que revocase la orden, pero fué inflexible, y los frescos de Giotto, los mosaicos bizantinos, los jásperes y mármoles preciosos, los atrevidos arcos y esbeltas columnas, todo fué á tierra ante la sonrisa medio burlona del anciano...

Mientras que Bramante ponía los cimientos á la gran Basílica actual, terminaba Miguel

Angel su Moisés asombroso, escultura cuyo formidable trabajo hace temblar aún á los espíritus menos propensos á la admiración del génio. Por aquellos días llegaba á Roma un jovenzuelo protegido de Bramante, nacido en Urbino y llamado Rafael Santi. El arquitecto lo presentó al Papa, no como una lisongera esperanza, sino ya como una realidad halagadora.

No nos es posible, dadas las forzosas dimensiones de este trabajo y nuestro propósito de hablar de los Pontífices y no de los artistas, analizar, ni mucho menos juzgar la obra estética de esos dos colosos que se llamaron Rafael y Miguel Angel. Nos basta la felicidad de haber podido contemplar sus obras y poder decir con orgullo: *Non licet omnibus adire corintum*. La posteridad les ha juzgado: libros, folletos, poesías y novelas han descrito las obras y la vida de esos dos gigantes, autores de las Logias y de la Capilla Sixtina.

Julio II encargó á Rafael el nuevo decorado de las habitaciones de Nicolás V, y para ello le hizo borrar los frescos de Pedro della Francesca, de Gotta y de Signorelli. Sobre el sitio que ocuparon trazó el de Urbino su «Disputa del Santísimo Sacramento», en cuya obra dejó retratados á su protector Bramante y también al sombrío Savonarola. Otras salas del Vaticano fueron asimismo entregadas á Rafael, y la fiera voluntad del Pontífice estableció entre Buonarrotti y el joven pintor emulaciones que agriaron el gesto de Miguel Angel, cuyo carácter era por lo menos tan avinagrado como el de Julio. Fruto de ellas fué la orden dada por el Papa al sublime escultor de pintar al fresco la Capilla Sixtina.

Vaciló Buonarrotti y hubo, según dicen sus biógrafos, escenas ágrías y hasta violentas entre el poderoso Señor y el independiente artista, quien cedió al fin, pues forzoso le era obedecer.

Bugiardini y Jacobo de Sandro trabajaron al principio bajo sus órdenes, pero estos mediocres ingenios interpretaban tan deficientemente sus colosales ideas, que, montando un día en cólera, les arrojó de la capilla con malos modos, y cerrando las puertas, quedó sólo con

sus pinceles y sus andamios. Permitió solamente al Papa la entrada en la capilla y trabajaba sin descanso, pero no con la rapidez que deseaba el anciano é iracundo Pontífice, quien, poseído del capricho de celebrar en la capilla una misa rezada y viéndose octogenario y débil, no quería morir sin cumplir su deseo.

Condivio y Vazari, biógrafos del artista, refieren un diálogo entre el Papa y el pintor, que basta para delinear ambos caracteres:

—¿Cuándo *finirá questo?*—preguntó airado Julio II á Buonarotti al ver la lentitud con que marchaban los trabajos. Miguel Angel descendió irritado del andamio, miró al Señor frente á frente y le gritó furioso:

—¡*Cuando potrò!*

Julio II enarboló el bastón, lanzando esta amenaza terrible:

—¡*Tu hay voglia ch'io ti faccia gitar giu diquel palco!*

Como el Papa era muy capaz de cumplir su amenaza echando abajo del andamio al pintor, éste se apresuró lo que pudo, terminando en algunos meses.

El grito de admiración con que Roma entera y más tarde Italia acogieron la gigantesca obra de Buonarotti, fué para Julio II la última satisfacción de su vida. Cumplido su deseo de celebrar la misa, murió días después, dejando á Juan de Médicis el anillo del Pescador.

La obra de Julio II merece los respetos y el aplauso de la historia del arte. Su caracter entero, su apasionada afición á la grandeza y á la magnificencia y el buen acierto con que juzgó desde un principio á los artistas, adivinando sus méritos, hacen del primer pontificado del siglo XVI uno de los más grandes ante la posteridad y dan extraordinario realce á la venerable figura de Julián de la Rovere.

II

Era León X hijo de Lorenzo de Médicis. El apodo de «el Magnífico» que los florentinos dieron á su padre, cuadraba de modo soberbio á la vida y costumbres del joven Papa, que tal puede llamarse á quien ciñó la tiara cum-

plidos apenas los treinta y seis años. Los Médicis han ocupado altísimo lugar en la historia de la humanidad: reinas, pontífices, grandes señores y eximios artistas, han hecho de este linaje un astro esplendoroso que ha riado magnificencia en todo el tiempo de su dominio á través de la vida de los pueblos. Juan, presbítero á los ocho años y abad de Fuente Dulce en Saintoge por nombramiento gracioso del sombrío Luis XI, fué elevado á la púrpura por un tímido antecesor suyo en la Sede suprema y á la edad de trece años. El poder de su familia honró al adolescente con tan magnos favores, que serian hoy, de fijo, motivo de gran escándalo si en la época actual trataran de imitarse.

Los festejos celebrados á su exaltación fueron tales, que Roma entera enmudeció de asombro. Jamás un lujo igual se había presentado á los atónitos ojos de la Ciudad Eterna. Juan de Médicis quiso deslumbrarla y lo consiguió por modo soberbio, cumpliendo así la tradición gloriosa de su familia.

El cortejo que le acompañó después de su consagración desde el altar provisional de San Pedro á la Basílica de San Juan de Letrán costó al Papa cien mil escudos romanos, lo cual era y sigue siendo una cantidad exorbitante. Doscientos caballeros de la nobleza, más de cien condes y barones de las primeras familias romanas, doscientos sesenta músicos y lacayos, porta-estandartes de las órdenes militares, gonfaloneros y sumilleros. Luego avanzaba el Papa, caballero en soberbia mula y vestido de brocados inestimables y rutilante pedrería, rodeado de sesenta cardenales y prelados, todos cabalgantes en magníficos bridones. El clero inferior, que seguía, echaba puñados de monedas de plata y oro al pueblo, dando guardia de honor á cortejo tan brillante cuatrocientos ballesteros armados. León se mostró verdaderamente hijo de Lorenzo el Magnífico, y como su padre, quiso reunir en torno suyo á cuantos sabios, artistas y poetas honraban la Italia del Renacimiento.

No fué muy acertado ni muy justo en esta elección, pues en su afán de recompensar al mérito, encumbró y protegió á muchas media-

nías que la historia trata con justificado desdén. Abundaron en su época los literatos mediocres encumbrados y los artistas vulgares, discípulos de los grandes maestros. No hay que sentar como principio absoluto que León X fuera sistemático en sus afectos y apreciaciones, pero es seguro que no trató como debiera al gran poeta de su época, el autor de *Orlando furioso*. Solo se limitó á darle un abrazo y á pagar una edición de su libro. Ariosto se vengó más tarde publicando una sátira contra el Pontífice, que perdura tanto como la memoria de León; en cambio enriqueció á Tebalde, á Bernardo de Arezzo, á Bembo, un discípulo de Petrarca, y á Sadoletto, pedante latino, todos ellos insignificantes.

Brillaron como literatos y humanistas en su época otros genios de segunda magnitud, algunos de ellos estimables, aunque sin la grandeza de Ariosto; Bernardo Dovici, por ejemplo, fué el literato favorito de León X, y entre otras obras merece especial mención su comedia *Calandra*, que fué la primera producción completa del teatro romano del siglo XVI. Asistió á su representación el Pontífice, acompañado por su esplendorosa corte. Pomponazzo fué notable por su tratado sobre la existencia del alma y sus estudios del griego; el Jovio publicó en esta época su obra monumental *Elogia illustrium virorum*, en la cual pasa revista y hace el elogio de los grandes capitanes y varones de su tiempo de un modo admirable. Juan Jorge Trisino cantó en hermoso poema la «Italia libre de los godos», empero todos estos artistas de la pluma ó de la lira han quedado oscurecidos para la posteridad ante el sol refulgente que creó el *Orlando* ante el postergado Ludovico Ariosto, cuyo poema hizo exclamar á Trisico, sobrado conocedor en rimas y en poetas: «¡Maldita la hora primera en que tomé la pluma... y no pude cantar el Orlando!»

Rucellai, con sus tragedias *Orestes* y *Rosamunda*, y la dulce poetisa Victoria Colonna, cierran esta larga serie de protegidos. Saunazaro, poeta de Nápoles, dotado de gran talento y fresca inspiración, compartió con Ariosto los desdenes pontificios, y el espíritu de ven-

ganza le llevó á decir que el llamado gran León no era más que un topo por su estupidez, juicio por demás injusto y atrabiliario.

Sin curarse León X de sus detractores, siguió en su afán incesante de propagar las letras clásicas. Hizo, á costa de grandes dispendios, que adquiriesen sus academias y colegios los libros más costosos; fundó una imprenta en el Vaticano y ensalzó en varios documentos originales el descubrimiento de Guttenberg, haciendo la apología de sus ventajas para el estudio y sólo condenándole en cuanto sirviese para atacar á los dogmas ó propagar la heregía.

Cometió una gran injusticia despreciando á Miguel Angel, destinado á sobrevivirle, como á varios pontífices sus sucesores, pues el génio florentino llegó á madura ancianidad; en cambio concedió toda su protección á Rafael de Urbino, y los nombres de este artista y de este Papa van juntos en la historia para honra de ambos. Miguel Angel marchó á Florencia desengañado y taciturno y construyó en esta ciudad una iglesia, en donde, como en todas partes, dejó indeleble el sello de su génio; más tarde había de volver á Roma después de muerto León, á continuar en ella sus labores inmortales.

Llevó, pues, adelante Rafael sus trabajos en las salas del Vaticano, inspeccionados personalmente por el Papa. Acúsale muchos de servilismo por haber retratado en sus cuadros religiosos, lo mismo á Julio II que á León X, aún cuando los asuntos estuviesen muy distantes por la época en que se desarrollan y la naturaleza de los mismos de tal inmiscuición. Así se vé en el cuadro de «Heliodoro arrojado del templo» al Pontífice Julio llevado en la silla gestatoria, lo cual constituye un anacronismo gigante, y á León X representando á sus homónimos León IV y León II, en otras obras artísticas; tal hizo muchos años antes Sandro Boticelli en su cuadro «La Adoración de los Reyes», dando á Gaspar la fisonomía de Cosme de Médicis, bisabuelo de León.

Urbino trabajó casi exclusivamente para el Papa; este, no obstante, tuvo un poderoso rival en el opulento Chigi, quien le robaba con-

tinuamente su artista para llevarlo á la quinta del Transtevere, en donde comenzó á pintar unos frescos en tiempo de Julio II. Los Chigi, de riquezas incontables, celebraban banquetes monstruosos al estilo de Heliogábalo é invitaban á ellos á los artistas, sabios y poetas, empleando vajillas valiosísimas, que arrojaban al Tiber después de haber servido. León X no desdeñaba el asistir á estos festines, muy acordes con su caracter y magnificencia, en el seno de una familia que debía dar más tarde banqueros, cardenales y hasta el Papa Alejandro VII, siendo en la actualidad tan considerada en la corte pontificia, que su jefe, el príncipe, ha sido mayordomo y jefe superior del Vaticano durante el pontificado del gran León XIII. Los Chigi lograron mucho de Rafael, embelleciendo con sus obras quintas y palacios, sobre todo, la hermosa *Tarnesina*. Pintando estaba en una sala de esta mansión la historia de Psidus, cuando tuvo noticia de la muerte de Bramante, el arquitecto de San Pedro.

León X le llamó por medio de una carta cariñosísima, y en ella le dió orden de continuar la monumental iglesia; para ello se hizo ayudar por el célebre Fray Giocondo, fraile dominico de Verona, y por Juan de San Gallo. Modificó los planos de Bramante y reforzó las cúpulas y pilares que el difunto arquitecto dejó descuidados. Tornó después á la pintura y continuó por algún tiempo embelleciendo las salas del Vaticano, prodigando aquellas *Madonne* que hacían fruncir el ceño á León por conocer demasiado al modelo. Su vida, nada tranquila y ordenada, la agotó en flor la tuberculosis y murió á los treinta y siete años sin poder terminar del todo su obra maestra *La Transfiguración*.

El gran Papa debía seguirle pronto, pues también tenía la salud profundamente alterada, y contribuyó muy mucho á su prematura muerte el grito de Martín Lutero y el cisma en que hundió la sacrosanta Iglesia de Jesucristo. Al principio, León X, distraído en sus trabajos literarios y en la realización de sus obras artísticas, no dió gran importancia á todo ello, contestando á los que llamaban su

atención sobre fray Martín: «Eso son disputas frailescas»; pero las tremendas frases del concordato de Worms le hicieron ver el peligro cuando ya era tarde. Fulminó su Bula de excomunióon contra el monje rebelde y murió en 1521, dejando de su nombre una memoria inmortal que muchos historiadores juzgan superior á sus méritos, aunque en realidad, tuvo muchos y merece á nuestro entender un profundo respeto por parte de la posteridad que juzga.

Durante estos diez y nueve años que duraron los reinados de Julio II y León X, adquirió Roma todo el esplendor artístico que hace de sus museos y palacios el pináculo del arte y la academia de todos los artistas de la tierra. La labor del Renacimiento había de continuar á pesar de Lutero y de la Reforma, pero tuvo un compás de espera después de la muerte de León por la apatía y hasta encono en contra del arte de aquel sucesor suyo, honrado cervecero de Utrecht, tudesco bonachón, pero nulo, que le sucedió en el trono de San Pedro con el nombre de Adriano VI.

TEODORO LLORENTE

Á LA GRAN DUQUESA
CAROLINA DE SAJONIA WEIMAR.

(Reina de los Juegos Florales de Colonia).

Señora, eco lejano, que han traído los céfiros de Abril halagadores, me dice que en Germania, dulce nido de augusta poesía, os han ceñido la corona triunfal los Trovadores.

Yo, Reina del amor, no os conocía: ¡perdonadme la audaz descortesía! Mi humilde cuna se meció remota, y quizás vuestro nombre no sabría á no estamparlo en su *Almanaque* Gotha.

Pero os contemplo—y la ilusión no miente,—
bella, joven, de estirpe soberana,
como el poeta os concibió en su mente;
la sonrisa en los labios, y en la frente
el espléndido sol de la mañana.

Saluda alegre al Rhin vuestra presencia;
las Gracias van delante abriendo paso;
y amando al arte más que á la opulencia,
subís al trono de la Gaya Ciencia,
musa genial del alemán Parnaso.

Veo junto á ese trono fulgurante,
dos figuras surgir: Schiller, henchido
de gozo inmenso el corazón amante;
y Goethe, que os sonríe, esclarecido
por nueva luz su olímpico semblante.

Intensa luz, vivificante y pura,
que irradia eternamente la hermosura,
que al superior espíritu embelesa;
que en ninguna beldad brilla y fulgura,
como en vuestra mirada, ¡Gran Duquesa!

Más imagino, más vislumbro y veo;
pero es vana ficción de mi deseo.
Llamado por la voz de vuestra fama,
acudo, y en el poético torneo
soy vuestro paladín, sois vos mi dama.

De Aragón, de Valencia, de Castilla,
traigo ingenio, valor y gentileza;
traigo lira y espada, como Ercilla;
el alma enamorada de Marsilla,
la pasión de Ausias-March y su tristeza.

Las proezas ensalzo, nuevo Homero,
de aquel tan hazañoso pueblo ibero,
que corriendo al Oriente y al Ocaso,
antes que su valor aventurero,
acabada la tierra vió á su paso.

Y que, al alzar la coronada frente,
árbitro de uno y otro Continente,
ansioso de otra gloria, que no muera,
con los hijos colosos de su mente
pobló del arte la ideal esfera.

Digo por qué, sugestionando al mundo,
don Juan, el burlador inverecundo,
brilla galán, intrépido y altivo,
por qué, siervo, señor, rey ó cautivo,
sueña siempre que sueña Segismundo.

Por qué, cuando cansada, el alma gime
bajo la prosa insulsa que la oprime,
su inasequible corazón se ensancha,
al admirar risueña la sublime
locura del Hidalgo de la Mancha.

Atenta me escucháis, ¡cuán grato ensueño!
suenan en torno aplausos clamorosos,
miro logrado mi tenaz empeño
en vuestros ojos, para mí amorosos,
de vuestro labio, para mí risueño.

Joven, gentil, valiente, enamorado,
de vos recibo la gloriosa palma;
y mientras me miráis con dulce agrado,
la blanca mano os beso, arrodillado,
y estampo en aquel beso toda el alma.

¡Engañosa quimera! Triste y mudo,
trovador viejo, de temblante paso,
no más en sueños al torneo acudo,
no más desde muy lejos os saludo,
musa genial del alemán Parnaso.

V. CALVO-ACACIO

EL SUPER-HOMO

Aquel crimen fué terrible, inaudito; los lugareños, indignados, llenaban la humilde casa de la víctima. Las autoridades, con el aturdimiento especial que causan las grandes catástrofes, apenas podían despejar de curiosos las habitaciones del infortunado caballero cuyo cadáver yacía exangüe en su propio lecho. Una tremenda cuchillada de las que el rencor ó el instinto perverso guía con certeza y habilidad de matarife, cortó la existencia de aquel hombre cuya vida fue luminosa como la de un sabio, tranquila como la de un anaco-

reta y de continuo sacrificio como la de un mártir.

¿Quién podía guardarle rencores? ¿A qué vecino del pueblo no le habían llegado parte de los beneficios que aquel infeliz prodigó continuamente?

No podía ser el robo el móvil del crimen, porque D. Ramón—así llamaban al hombre asesinado,—era ya pobre. Ni pudo nadie sospechar en ocultos caudales, porque si un céntimo le daban ó se ganaba trabajando, ese céntimo cubría necesidades de cualquier desventurado.

Venganza por agravios, imposible; D. Ramón era candoroso como un niño, de humildad insólita como el santo de Asís, tolerante, circunspecto, diligentísimo en disculpar y perdonar errores, neutral en las contiendas, generoso y liberal en el consejo, blando para los enemigos... caso de tenerlos.

No se le conocía más pasión que la del bien por el bien, ni otra debilidad que la del desprendimiento; ¿quién podía pues querer mal á un hombre de tan altas prendas morales? Tan sólo alguna fiera escapada de los desiertos africanos, algún loco fugitivo del manicomio en un momento de tremenda crisis cerebral.

Pero el hecho era cierto por desgracia; D. Ramón yacía en su pobre cama en medio de un charco de sangre, de sangre generosa y noble; lo único que le restaba dar á los vecinos de aquel hermoso pueblo.

¡Qué lástima! todavía era joven, cuarenta inviernos, en la plenitud hermosa de su existir, con el juicio sazonado, cuando tras las noches de ruda especulación científica, de reposada meditación, llegó á nutrir su espíritu de redentoras iniciativas humanitarias, cuando con la fuerza de su intelecto y el arraigo de sus doctrinas altruistas se adelantó á estos siglos de lenta evolución para dar á sus semejantes el anticipado fruto de las actuales y positivas especulaciones. ¡Morir cuando los seculares prejuicios le habían abandonado, cuando sentía el calor sublime de la nueva savia regeneradora...!

Desde muy joven tuvo inclinación á los estudios sociológicos; su alma generosa recibió

con entusiasmo las nuevas doctrinas elevadoras del nivel moral de la Humanidad, y tal arraigo tomaron en él, que de simple neófito se convirtió en apóstol decidido de ellas.

Terminados sus estudios académicos y después de viajar dos ó tres años por el extranjero para estudiar doctrinas é instituciones, pero ante todo, los hombres y sus lacerias, buscó un pueblo donde poner en práctica los anhelos de su corazón y los hondos pensamientos elaborados por su inteligencia.

Ningún pueblo más á propósito que aquel donde tenía medios para vivir, fincas rústicas heredadas de sus antepasados que le producían buenas rentas. Y allí se estableció con sus libros y sus experiencias, convencido de que la humanidad es la misma en todas partes, pues sobre el corazón y la voluntad del hombre, haya ó no alcanzado colectivamente mayor ó menor grado de progreso, pesa como una maldición el instinto de la animalidad con sus egoismos insensatos, sus ánsias destructoras y sus fetichismos salvajes. Y aunque los hombres se llamen hermanos, aunque el más estrecho vínculo de parentesco les una, siempre, siempre duerme allá en los rincones de su espíritu, pronto á despertar, la fiera que devora, la bestia con ánsia de goce, glotona y egoísta, el esclavo abúlico y supersticioso.

Fué su primera determinación, tan pronto como llegó al pueblo, reunir á los vecinos más pobres y repartirles equitativamente las tierras que poseía.

—Nada quiero ni necesito—les dijo,—mis bienes os los cedo, trabajaré como el último de vosotros. Me daréis de comer á cambio de mi trabajo. Cuando por razón de mis estudios y de mi labor intelectual os ayude menos horas de las ordinarias, habéis de dispensármelo; todo es trabajar.

Que le tuvieron por loco aún los mismos favorecidos, es lógico pensarlo; se dan en estos tiempos patentes de loco y de cuerdo con mucha frecuencia, sin tener en cuenta que los hombres acortan ó alargan esos términos de capacidad según los ambientes históricos ó progresivos. Pero aún considerando anormal el rasgo de D. Ramón, como era en provecho

del prójimo, se aceptó sin grandes resistencias.

Y he ahí al sociólogo ilustre convertido en humilde destripaterrones, comiendo frugalmente y viviendo sin más compañía que la de sus libros, no muy numerosos por cierto, pero bien elegidos.

Pronto se dejó sentir la bienhechora influencia de aquel hombre superior. Burla burlando enteraba de muchas cosas útiles á sus compañeros; en las cuadrillas donde trabajaba, difícil era criticar al prójimo, dar rienda suelta á la maledicencia; suprimíanse las bromas estúpidas, las conversaciones triviales y de bajo vuelo; todos estaban pendientes de la hermosa palabra de D. Ramón, que tenía la difícil habilidad de hacer que se comprendiesen aún las cosas más oscuras.

Todo se le consultaba, cuestiones de derecho, labores y mejoras agrícolas, sencillos fenómenos tenidos hasta entonces por los labradores como inexplicables, asuntos de familia. De manera que poco á poco el improvisado labriego iba conociendo profunda, serenamente, á cada uno de los habitantes de aquel pueblo con sus virtudes y sus flaquezas. Casa por casa, familia por familia, eran para él libros abiertos, así es que, aún sin necesidad de grandes detalles, conocía las intenciones y habilidades de cada cual para poder juzgar con acierto cuando llegaba la desavenencia, el litigio, la cuestión.

No solo tenía fama de sabio, sino también de brujo para ciertas gentes sencillas; así es que cuando en algunas ocasiones adivinábase á los que le pedían opiniones ó consejos lo que le ocultaban, solían replicarle con asombro:

—Pero D. Ramón, ¿cómo lo sabe V. todo?

Y D. Ramón, sonriente, les decía:

—Tengo unos anteojos mágicos, á través de los cuales veo los interiores de vuestras casas y de vuestras conciencias, como si las paredes y los cuerpos fuesen de transparente cristal.

A fuerza de repetir semejante muletilla, cobraron fama los anteojos de D. Ramón, como también las misteriosas velas que gastaba, pues según él, tenían la singular virtud de servir de conjuro, una vez encendidas, para

que compareciesen ante su presencia la persona ó personas que él pedía.

Las madres recordaban á sus hijos los anteojos de D. Ramón cuando iban á cometer algún desaguizado, y más de una jovencuela inocente se privaba de pelar la pava con su novio á espaldas de los padres por miedo á que sus secretos fuesen presa de las llamas de las velas ó de los escrutadores cristales de los anteojos.

Las muchachas que tenían sus cortejos sirviendo á la patria y los jóvenes en momentos de fiebre sensual, envidiaban las velas del sociólogo; ¡cuántas docenas consumirían haciendo comparecer á los seres queridos ó deseados! ¡Menudos párrafos echarían mientras las voraces velas se agotaban envidiándoles!

Aparte las inocentes bromas apuntadas, reídas por D. Ramón cada vez que las tenía que gastar á curiosas comadres ó á preguntones necios, la bondad y la ciencia del discípulo de Tolstoi manifestábase de continuo sembrando el bien á manos llenas y poniendo en práctica regeneradoras teorías.

Al trabajador inútil y desvalido le hacían gratis las labores agrícolas los individuos de una sociedad llamada *Amigos de los viejos*. Tuvo la fortuna de que se fundiesen todas las opiniones políticas que hasta entonces habían imposibilitado la paz en aquel pueblo, en una sola que tenía por objeto el bienestar jurídico, económico y administrativo. Los enfermos jamás carecieron de cuidados ni de consuelos, pues cuando las dolencias eran largas, velaban por turno al paciente aún los enemigos personales. En una palabra: hizo el milagro de que pobres y ricos se tratasen con amor, sin envidias, sin odios injustos, porque ni se dilapidaba sin fruto ni se exigía sin fundamento. La paz y la fraternidad social, con sus esplendores de aurora, brilló en aquel rincón de la tierra desde que D. Ramón estableció allí el trono de su inmenso corazón, la soberanía de su poderosa inteligencia.

¡Pero á costa de cuántas amarguras! Desde la burla procaz hasta el insulto solapado, de todo tuvo aquel hombre superior, que con la resistencia de una montaña de granito y la

caridad de un Dios, se propuso ver realizados en parte los ideales puros de su existencia.

Que á pesar de todos aquellos esfuerzos colosales, no encajaban todavía sus aspiraciones en las mezquinas de un siglo calculador, demostrado estaba, puesto que, con saña feroz, le habían eliminado de aquel pedazo de tierra irredenta....

Por más que las autoridades buscaron al asesino, nadie pudo dar con él; no dejó huellas de su paso por aquella tranquila casa. Hubo vecino que culpaba al demonio de semejante monstruoso y singular crimen. Solamente, y merced á la perspicacia de los jueces, pudo notarse que faltaban en la casa tres cosas: la palmatoria con la vela, los anteojos del sabio y los libros favoritos que solía tener sobre la mesilla de noche. Ni el reloj, ni algunas humildes alhajas recuerdo de familia, desaparecieron del cuarto mortuario.

¿Quién era el asesino? ¿Quién cortó de una cuchillada la generosa existencia del padre de los pobres? ¿Permanecería en el misterio siempre semejante monstruosidad? Allí estaba la justicia de la tierra para descubrirlo; mientras, el cadáver de D. Ramón, después de destrozado por el bisturí de los forenses—únicos honores rendidos al hombre mejor de la tierra,—fué arrojado á la fosa común, más compasiva quizá que los que le entregaban para siempre tan ilustre prenda.

* * *

Cuando ya la impresión del crimen iba borrándose, dejando lugar á otras de menor cuantía, un domingo, á la hora en que más concurrida estaba la plaza, se presentó un vecino de aquel pueblo á todo correr, gritando:—¡Yo soy el asesino, matadme, matadme!—Y con los brazos en alto enseñaba la vela y los anteojos del sociólogo.

Aquel individuo estaba como alocado, con los cabellos en desórden, espantosa la mirada, los ademanes descompuestos.—¡Yo he sido!—repetía, mostrando los objetos robados.

Le detuvieron, y así que estuvo delante del juez relató su crimen, poco más ó menos de este modo:

—Como todos saben, soy un pobre huérfano. No tenía casa donde albergarme, y D. Ramón, al saberlo, y como hacía con todos los que se encontraban en iguales circunstancias, me dió cama y cena por espacio de mucho tiempo. Una vez salí de allí para no volver, porque al faltar algunos haces de sarmientos al tío Rodrigo, nadie, sino D. Ramón, adivinó que yo los había quitado, y aunque nada dijo por prudencia, no volví más por aquella casa por miedo á las miradas de mi protector.

En el pueblo, señor juez, ¿por qué no decirlo? no le querían todos á pesar de significarle lo contrario; cuando repartió las tierras hubo descontentos; muchos le tenían por loco de remate; su excesiva justicia mortificaba; si daba dos, esperaban ocho; con su sabiduría se hizo el amo, el dueño de todos, hasta los pensamientos nos adivinaba. Tenía rarezas incomprendibles: pretender que nos quisiéramos unos á otros y que desapareciesen añejos rencores, ¿no es cierto, señor juez, que la pretensión es ridícula y loca? Nadie ha tenido valor jamás para decirselo cara á cara, pero llamábanle el padre cuando él estaba delante, y en el rincón del hogar, *el tirano, el brujo, Don Quijote de la Mancha...*

Pensando que el único secreto de su poder consistía en el uso de los anteojos y las velas, soñé con apoderarme á toda costa de ellas, y una noche penetré con sigilo en casa D. Ramón, cuyas puertas, como todos saben, nunca se cerraban, y una vez dentro de la alcoba le desperté rogándole que me diese pronto los anteojos y la vela misteriosa. Quiero saber tanto como V.—le dije,—quiero apoderarme de todos los secretos, deseo ser el amo de todas las voluntades...

Siempre con la sonrisa en los labios, me contestó con dulzura que al día siguiente hablaríamos, que aquellas no eran horas oportunas para pedir favores, sino para realizar actos punibles. Insistí, negó con firmeza, le amenacé iracundo, y sin perder su mansedumbre proverbial contestó á mis amenazas descubriendo su pecho y diciéndome: Hierre, hierre, hijo mío, si te atreves... Por fin, cegándome

la cólera y el despecho, ante el temor de que divulgase mi aventura, y sobre todo, herido por aquella dulce seguridad con que desconfiaba de mis amenazas, le hundí mi cuchillo en el corazón...

Después de apoderarme del mágico tesoro, salí á la calle, y cuando me hube serenado marché á mi domicilio con indefinible ánsia, encendí la vela robada, pidiendo enseguida que compareciese un mi amigo ausente; pero transcurrió un cuarto de hora, dos horas más y ni el amigo, ni cien personas que nombré vinieron á mi presencia. Salí de casa con los anteojos puestos, y por más vueltas que dí al pueblo, los muros de las casas permanecían tan inaccesibles á mis miradas como antes; era mentira también lo de su portentosa transparencia. Seis días interminables, más negros que mis penas, aguardé para ver si aquellos objetos recobraban su antigua virtud, pero todo fué inútil; los remordimientos por haber asesinado al mejor hombre de la tierra me trastornaron, y aquí vengo, señor juez, á que me imponga el castigo que merezco...

Cuando la Guardia civil se llevaba maniatado al criminal hacia la cárcel del partido, el pueblo en masa presenció su marcha. Al pasar el asesino por la plaza, de un grupo de jornaleros salió una voz diciendo: Mirad, ya se llevan al que mató á D. Ramón.

Y el médico del pueblo, el único quizá que adivinaba el inmenso valer del infeliz sociólogo, exclamó con hondo convencimiento dirigiéndose hácia los diferentes grupos:—Compadeced á ese desgraciado, porque quien asesinó á nuestro D. Ramón, fuimos todos, fué la Humanidad. A falta de acero aniquilador, le hubiésemos muerto á desengaños.

MARIO DE ALBA

LOS GRANDES POE-

TAS.—MANZONI.

Italia, libre del yugo extranjero y hecha nación por el poderoso impulso de su pueblo, ansioso de independencia y libertad, es joven

todavía. No ha cumplido sus cuarenta años de emancipación como potencia. Hasta hace muy poco tiempo era un territorio dividido en reinos, ducados y repúblicas liliputienses y sin importancia, llamadas á desaparecer un día en holocausto de esa unidad que, según Enrique el Bearnés, constituye la fuerza. Ninguno de los grandes sabios, de los grandes filósofos y de los grandes poetas que desde el Renacimiento hasta la época actual soñaron con verla independiente y poderosa, pudo lograr la realización de sus ensueños. Dios reservaba esa dicha para el viejo Alejandro Manzoni, como la mayor alegría de su ancianidad. El cantor inmortal de los *Imnos sacros* cerró los ojos tranquilo al ver á su país agrupado bajo la bandera tricolor y figurando en el concierto europeo tal como merece.

Llena Manzoni con su nombre casi todo el siglo XIX. Muerto en 1873, su larga vida, llena de episodios accidentados, le presenta como un tipo de poeta épico, interventor en las contiendas civiles ó internacionales de su patria. Trovador errabundo, cantando las glorias del pasado, las esperanzas del porvenir y las dulces palabras de nuestra santa religión, personifica toda una época en la literatura italiana; sus cantos y sus libros son hijos de la impresión, unida á un profundo conocimiento de la historia y de la filosofía; personalísimo, no tienen sus obras reminiscencias de ningún otro escritor antepasado, y si es verdad que vivió en plena época romántica, no se nota en sus versos el sello especial que llevan los de sus compañeros franceses ó alemanes. Sóbrio, puro y escultural es su estilo, lleno de galanuras y de bellezas; la profundidad de sus pensamientos le coloca al frente de los grandes psicólogos que ha venerado la historia.

Nació en Milán en 1785, de una familia noble y adinerada. Ni su infancia ni su juventud transcurrieron entre miserias ni privaciones como las de otros tantos genios, lo cual prueba que no son éstas elemento necesario para que el poeta pueda en ellas apreciar las luchas de la vida. Su padre, el noble Pedro, y su madre Julia, mujer de gran talento y deslumbradora belleza, le educaron entre el

lujo y las comodidades de Galeotto, viejo palacio cercano á Lecco. Sus primeros estudios los hizo en los colegios de Merate y Lugano, hasta que en 1796 ingresó en el de nobles de Milán, y hallábase en una casa de campo propiedad del colegio, cerca de Magenta, cuando los franceses abandonaron aquel territorio, muerta ya la efímera república cisalpina. Durante su permanencia en Magenta y Milán se procuraba clandestinamente cuantos libros le era dado recoger. Conoció de vista á Moreti, leyó la *Bastiviliana* y fué para él una revelación. Las lecciones de Signorelli le acabaron de educar y afianzaron en su corazón juvenil la loca pasión por la poesía y el arte.

Muerto su padre algunos años después, su madre, que ya conocía por anteriores viajes la capital de Francia, le llevó á París en 1805. El joven de veinte años, lleno de fogosidades y de vagos anhelos, entró en la ciudad de Santa Genoveva y de San Dionisio, realizando una de las más bellas ilusiones de su vida: pisar aquel pueblo, teatro de las grandes revoluciones y de las grandes reacciones, cuna de tantos hombres ilustres, cerebro del mundo. Allí le esperaba el placer de afianzar más y más sus aficiones. El joven milanés fué presentado en Auteuil en la *Maisonnette*, elegante morada donde Mad. Cabanis reinaba en medio de tantos hombres de talento, gloriosos restos de la Enciclopedia y de 1789. Allí estaban Volney el ateo, Garat el fisiólogo, que leyó á Luis XVI la sentencia de muerte; el historiógrafo Jauriel, Cabanis el materialista, Destutt de Tracy y el autor de la *Partheneida*. En aquella tertulia consagrada por el talento leyó Manzoni sus primeras poesías con la timidez propia del neófito. Fueron unos versos necrológicos á la memoria de un gran poeta italiano. Se editaron en París, y tres años después publicaba en Milán *Urania*, poema «de griega fragancia impregnado», como dice uno de sus biógrafos. Estas producciones le dieron pronto fama, y al publicar Fóscolo su obra *Sepolcri*, le saludó como á compañero y le admiró como á futuro genio de la poesía.

Napoleón entonces había destruido la terce-

ra coalición y estaba en el pináculo de su grandeza; había vencido en Austerlitz y se preparaba para Eylau y Friedland, trastornando de nuevo la faz de Europa. Manzoni seguía en París, pero ni los triunfos del gran Bonaparte ni la fiebre guerrera de los tiempos podían conseguir impresionarle. Veía, melancólico, á su patria hollada de continuo por destructores ejércitos, y el ansia de libertad para su país le consumía. Pensaba y trabajaba no obstante, planeando un poema sobre la fundación de Venecia y se absorbía en la lectura de los grandes filósofos, de los cuales adquirió para siempre la madurez de juicio y la seriedad de las ideas graves y profundas.

Regresó á Italia en 1808, llenos la mente y el corazón de los ascéticos conceptos filosóficos; pero como al sentimiento único para el que el hombre ha sido creado nadie puede sustraerse, contrajo matrimonio por amor con Enriqueta Blondel, ahijada de un rico banquero ginebrino. Esta joven, destinada á ser por muchísimos años compañera dulcísima y venerada del poeta, era mujer de raro ingenio y extraordinaria cultura. No era católica. Manzoni, esclavo de la libertad de conciencia, la permitió seguir el culto protestante, pero ella ingresó pronto en el catolicismo, seducida por las virtudes de su esposo. Este hecho sirvió á Manzoni para reflexionar profundamente sobre asuntos religiosos y adorar y bendecir la única verdad. Cuéntase que un día entró en la iglesia de San Roque y se le oyó exclamar: «Dios mío, si existes, revélate á mi vista». La conversión de su esposa fué para él la revelación, y desde entonces sintióse acendrado creyente.

Continuaba Napoleón sus conquistas abatiendo tronos y desmoronando gobiernos. Su flamígera espada blandíase sobre Europa y preparaba la campaña de Rusia. Muchos grandes hombres, percatados de la descomunal ambición del corso invencible, le despreciaban ó le aborrecían. Manzoni era de este número, y mientras duró la epopeya napoleónica, permaneció él retirado en su casa de Milán al cuidado de sus intereses y de la creciente familia. Allí estudió los clásicos con detención y

absorbióse en la lectura de los grandes poetas. Trabajó amistad con Silvio Pellico y Hermes Visconti, y sobre todo, con el virtuoso canónigo Tossi, electo después Obispo de Pavía. Al lado de aquel hombre, consagrado completamente al bien, y del cual aún guardan sus diocesanos venerable recuerdo, afianzó sus sentimientos religiosos y confortó su alma, lacerada por las desdichas de la patria. Entonces escribió sus *Imni sacri* que le proclamaron el primer poeta de su época.

Hay en estas poesías inefable dulzura, profunda unción y campea en ellas el entusiasmo por los grandes misterios del cristianismo. En 1812 y el año siguiente escribió: *Risurreccione, Il nome di Maria é Il natale. La Passione y Pentecoste* son posteriores.

De la dulzura y grandeza de sus versos puede juzgarse por la siguiente estrofa de *Il nome di Maria*:

«O Vèrgine o Signora o Tutta santa,
Che bei nome si serba ogni loquela!
Piu d' un popul superbo esser si vauta
In tua gentil tutela!

Y también por la siguiente de *Pentecoste*:

«Madre de Santi: imàgine
Della città supèrna;
Del sangue incorruttibile
conservatrice etterna;
Tú, che dul santi sécoli
Soffri combatti e preghi,
che le tue tende spieghi
dall' uno all' altro mar.....»

En 1815, Murat, el Mariscal cuñado de Bonaparte, que fué rey de Nápoles por el capricho de su poderoso señor, levantó la bandera de la unidad italiana, pensando ceñirse la corona de hierro perdida por su amo, que, vencido y humillado ante Europa coaligada, bogaba ya con fumbo á Santa Helena. Manzoni, cuya ilusión era la unidad de Italia, fuese como fuese, tomó parte activa en este movimiento, y en versos de gigante poder é indomable bravura, escribió *La proclama de Rimini* llamando al pueblo á la unidad libre y á la revolución. El movimiento fué sofocado y vencidos sus héroes. Manzoni volvió de nuevo

á su retiro y á sus estudios, de los cuales nada ya le distrajo. Escribió la tragedia *Il conte di Carmagnola*, y poco después un trabajo sobre la moral católica.

(Continuará.)

MARTÍN ORTEGA

NOTAS MÉDICAS: LA

EREUTOFOBIA

El enrojecimiento emotivo de la cara va acompañado habitualmente de un sentimiento de vergüenza, de confusión. Este sentimiento es mucho más penoso en el hombre que en la mujer, porque parece significar timidez, debilidad, feminismo. Desde el rubor ordinario, fisiológico, hasta el enrojecimiento casi constante, patológico, que lleva al suicidio, hay una verdadera escala en la cual pueden observarse varios grados.

Primer grado.—Ereutosis simple.—En éste figura toda la numerosa legión de individuos que tienen una gran facilidad para ruborizarse. Esta facilidad puede ser congénita ó adquirida. Lo que caracteriza este primer grado es la ausencia completa de toda preocupación, producida por la citada facilidad. Puede considerarse como el punto de partida de estados más característicos.

Segundo grado.—Ereutosis emotiva.—En este segundo grupo se hallan los individuos que no solo enrojecen muy frecuentemente, sino que al hacerlo, sufren. Los humanos á quienes esto ocurre piensan en ello, y este pensamiento les desespera ó acobarda, según su modalidad intelectual, pero solo mientras dura la crisis. La tendencia á la ereutosis puede ser temporal ó permanente, congénita ó adquirida.

Tercer grado.—Ereutosis obsedante.—(*Ereutofobia*).—Hasta aquí solo han figurado en este breve resumen individuos que tenían una gran propensión á enrojecer, que les atormentaba más ó menos, pero cuya preocupación era intermitente y relativamente poco

intensa. Además, existen otros en los cuales la preocupación constituye una obsesión verdadera, una fobia extremadamente penosa y tenaz. Estos forman la tercera categoría.

La *ereutofobia* parece ser más común en el hombre. Casi todos los que las sufren han tenido neuropatas, alcohólicos ó tuberculosos en la familia. Todos presentan en sus ascendientes, colaterales ó descendientes, individuos tímidos é inclinados fácilmente al rubor. La causa determinante suele ser preferentemente del dominio de la sexualidad. Producido el choque emocional, la facilidad de los enfermos para ruborizarse es tan grande, que no hacen sino pensar en ella.

El tiempo influye de una muy notable manera. Durante los fríos secos del invierno ó los grandes calores del estío, los que de esta fobia padecen están contentos y satisfechos, porque el color más vivo de la cara en esas épocas les parece un medio natural de protección y disimulo contra la penosa dolencia. A tal extremo llega su exquisita sensibilidad á las variaciones de la temperatura exterior, que, como verdaderos barómetros, sienten y predicen que el tiempo se va á modificar en determinado sentido.

La noche les hace recobrar, merced á la obscuridad, su actividad, aplomo y alegría de los buenos tiempos de salud. El sufrimiento es siempre horriblemente penoso. Pueden atravesar una calle cuando está desierta; pero si en ella hay gente y álguien hace ademán de mirarlos se turban, excitan, azoran y no saben cómo salir del embarazoso conflicto. Muchos evitan comer en una fonda, viéndose obligados á hacerlo en familia solos, porque si comiendo delante de personas extrañas se les mira, se les habla ó sobre todo se les obliga á romper su obstinado silencio, se llenan de angustias y tienen que abandonar la mesa sin haber probado bocado.

Aparte de algunas pequeñas diferencias, la crisis ruborosa se presenta siempre con los mismos caracteres. Generalmente los enfermos la sienten venir.

Uno dice «que parte del interior del cuerpo, como una debilidad del corazón, que produce

en la sangre como pinchazos de alfileres». Otro «siente un peso sobre el estómago, palpitaciones, angustias...»

El color rojo es más ó menos claro, según los casos. Va acompañado de una sensación muy viva de calor, marcando el último período de la crisis un sudor más ó menos abundante y generalizado, según los casos, terminando con otros fenómenos de reacción emotiva (llanto, necesidad de orinar, diarrea súbita). Desde el principio los enfermos se hallan en un estado de angustia inexplicable.—Diversos pensamientos, todos martirizadores, les asaltan. Tienen miedo de que se les encuentre tímidos, ridículos, de que se les tome por ébrios, de que se burlen de ellos. Desearían huir, buscar un lugar en que nunca fuese de día, albergarse en alguna misteriosa y desconocida profundidad, sepultarse bajo tierra, desaparecer del mundo. Experimentan una gran confusión de ideas, de vacío mental, una pérdida parcial y momentánea de la noción del ser, y entonces quedan como estúpidos, hablando sin saber lo que dicen.

Fuera del paroxismo, no reposan un solo momento, perseguidos siempre por la idea de volver á enrojecer. Son verdaderas víctimas de la tiránica obsesión.

En estas condiciones, los desgraciados no viven la vida de todo el mundo. Permanecen solteros, huyen todo contacto, todo placer, se encierran en una sombría soledad, caminando hacia un amargo pesimismo, que termina en el suicidio. Lo que constituye una verdadera curiosidad psicológica son los artificios á los cuales recurren los *ereutóforos* para disimular sus crisis de rubor. El procedimiento más eficaz es pensar en otra cosa, leyendo un periódico, hablando solos en alta voz, mirando á cualquier objeto. La mayoría de los enfermos tienen métodos particulares: uno se cubre con un paraguas, otro se baja precipitadamente como si fuera á recoger algún objeto del suelo; pero el sistema más usado es beber. Las dos terceras partes por lo menos se entregan á la bebida con este fin.

La obsesión del rubor ofrece como particularidad interesante, la de que va unida á un

fenómeno emocional, íntimo, representado por una incalificación vaso-motriz.

Mucho se ha discutido, se discute y se discutirá sobre la naturaleza de esta enfermedad.

Para Pitres y Regis es ante todo y sobre todo una enfermedad de la *emotividad*; no de la intelectualidad ó de la voluntad, como Arnaud pretende. Vaschide y Marchand opinan que la obsesión del miedo á ruborizarse es de origen cerebral. La ideación, según estos autores, provoca una asociación capaz de despertar una emoción de ansiedad, de angustia. Para Soury, la erentofobia sería debida á una excitación de los centros corticales, vaso-dilatadores, existentes en la parte externa del segmento anterior del gyrus sigmoideo.

El tratamiento ha de ser farmacológico é intelectual.

Los medicamentos más empleados son: el bromuro potásico, ópio, éter, á débiles dosis, grandes intervalos y por periodos muy cortos; dos ó tres días como máximun.

Intelectualmente debe ensayarse el crear un orgullo artificial, huyendo el peligro de dar lugar á la fatuidad. La fatuidad se exterioriza, el orgullo es íntimo.

Mas ninguno de estos procedimientos dan buen resultado. El único remedio es el tiempo, la naturaleza, transformando nuestra constitución física y psíquica.

P. G. BLANCO

¡CÓMO SE VIENE LA MUERTE...!

I

Todas las tardes á la misma hora, el enfermo oía, en el recogido silencio de la calle tortuosa y estrecha, la doliente modulación de un piano que la hija del médico pulsaba á compás de estudio.

En la tristeza prematura del Otoño que se avecinaba, aquellas notas cargadas de melancolía, daban un encanto más suave y más dulce á las tardes lentas. Sobre la villa oscura y

pequeña pasaban las nubes grises del invierno, como un escuadrón de soldados negros que batiese á los veraneantes de la alegre playa. Algunas tardes llegaba un anciano desgredado, cuyas barbas ancestrales y níveas caían sobre el pecho, desnudo como una cascada de armiño, dándole el aspecto de un levita que fuera predicando por entre la polvareda de los caminos parábolas de paz y de perdón. Este anciano parábase en medio de la calle empedrada con guijarros menudos, alzaba con tristeza los muertos ojos hacia el cielo bajo y húmedo y brotaban sonoras, metálicas y temblonas las notas de una habanera antigua. El enfermo, desde su cama, divisaba tras las vidrieras emplomadas la pesantez del firmamento tan sombrío. Luego al crepúsculo se arrullaban en el alero de enfrente unas palomas, y ya cerca de la noche tenebrosa la campana de la iglesia tañía lúgubre llamando al Rosario. Llevaba ochos días de cama, y los veraneantes iban desfilando sucesivamente, sobrecogidos por la punzante melancolía que pesaba sobre el pueblo.

II

Se moría en silencio, sosegadamente, recogiendo en su espíritu toda la belleza otoñal que flotaba sobre la tierra. La escasa vida que le restaba iba reconcentrándose toda en los recuerdos. El pasado resurgía como una esplendorosa visión, y según recordaba, iba apareciéndosele más triste aquel abandono á la caída del verano, en aquel pueblo silencioso.

Era en Julio. Pasaban los días cálidos, asoleados. Sobre la arena de la playa crujían trajes claros de mujeres elegantes. Los hombres, sumidos en la perezosa sentimentalidad del verano alegre y desocupado, miraban á las mujeres con aire de tedio distinguido. En el desfile de aquella multitud amable y frívola, volaba la gloria del estío, alada y ligera, como las gaviotas que rozaban el mar. El había llegado á aquel pueblo una tarde dulce, vispera de Santa Ana. Hacía una vida negligente y mundana y sentimental. Las mucha-

chas contaban con él para todo. «Es un talento organizador de primera magnitud», había dicho un general compañero de veraneo. «Sin él, la mitad de las noches estaría el salón vacío», añadían las mamás corroborando tal opinión. ¿De dónde era? Nadie lo sabía. Apellidábase Aparici, pero la gente diera en llamarlo Aparicio, y él se mostraba indiferente ante aquel aumento de vocal. Su taciturnidad, acaso su indiferencia por aquellas nadearias, hacíanle el hombre indispensable en el salón del balneario, donde las muchachas se reunían á bailar un rigodón muy monótono, muy soñoliento, muy tedioso. Aparici reclusaba de la galería, donde frente al Cantábrico—que arrullaba el sueño del pueblo tranquilo con su vieja y eterna cantinela—los rapaces discurrían apurando el cigarro «post-meridiano», como lo llamaba un señor pachorrudo y calvo que se entretenía en limpiar la boquilla al fresco hasta las once y media. Aparici era el «pollo infatigable» de la temporada; por él se bailaba, por él se organizaban excursiones, por él se despertaban á última hora en el piano tiernas árias inglesas de Haydn, nocturnos de Chopin, rapsodias de Liszt, serenatas que daban la sensación de un *clair de lune* melancólico y diluido. Y al terminar la temporada, cuando todavía estaba bueno y se habían marchado las de Avila, las de Herrero, las de Gendin, Aparici inventó juegos de prendas nunca vistos é hizo cantar á la hija de un ex-ministro—un ángel mundano, rubio y hechicero, con una voz de timbre sonoro y matizado—unas canciones de Alfredo de Musset, puestas en música por Paolo Tosti, donde se decían entre suspiros aristocráticos los sentimentalismos de una parisienquilla. Eran canciones compuestas con llanto chopiniano y con crujidos de sedas de las marquesas del *faubourg Saint-Germain*. Después, bajo la luna que remontaba el firmamento, los bañistas salían, dispersándose por las cinco ó seis callejucas tortuosas y estrechas que forman el pueblo. . . .

III

Todo esto iba recapitulando el doliente, y mientras más repasaba las felicidades de los días viejos, más hondamente sentía la pesadumbre de la muerte, que se le venía encima cogida del brazo del invierno achacoso y decrepito.

Habían ido dejándolo sólo. Una vez por día, metódicamente, aparecía el médico dando grandes voces y haciendo una visita corta, seca, de desafecto y despego, como quien entrevé la posibilidad de no cobrar. Estrechábale la mano con una presión sacudida, hacía gestos foscos, con indelicadeza, y allá se marchaba sin una palabra cariñosa, soltando grandes alaridos de jovialidad campechana y brusca. . . .

Algunas veces llovía toda la tarde... En sus desvaneos estivales habíase captado las simpatías de una muchachita morena, menuda, viva, con cuerpo gracil y maneras distinguidas. Era hija de un señor muy alto que tenía cara de bueno. El no lo trataba apenas, pero por su hija sabía que estaba enfermo del corazón y que mandaba un regimiento en Valladolid. Marcharon á mediados de Septiembre, cuando ya él cayera en cama, sin despedirse siquiera, acaso sin saber nada de su enfermedad. Ella le había dicho: me llamo Pilar Fernández; si quiere V. escribirme, calle de San Mateo 11, Valladolid. Buenos ánimos tenía él para escribir, muriéndose sólo, en la obscuridad de aquel rincón del Cantábrico.

Cuando se corrió por el pueblo que en la fonda de Pepina había un señor enfermo de «gravedad tal», el coadjutor de la parroquia, joven de una humildad dulce y bondadosa, fué á visitarlo, y á su lado pasaba todo el día. Solía venir después de misa, á la hora en que los canarios trinaban en los corredores y el sol amarillento de Octubre doraba los tejados. Mantenía con él discretas y entrañables conversaciones y aprovechaba los momentos de sueño que la fiebre daba al enfermo para rezar Horas en su Breviario, paseando á largas zancadas por la sala inmediata. En estas pláticas afectuosas, donde el coadjutor apuraba todas

las historias oídas á los marineros para entretener al enfermo, sorprendíale la noche tenebrosa y muda. Así iban transcurriendo las semanas con una monotonía torturadora.

Todas las madrugadas oía el enfermo el estruendo de hierro viejo y de tablas resquebrajadas con que el «Convencional número 3», arrancaba hacia la estación inmediata, acarreando veraneantes que habían sido conocidos suyos y que huían, abandonándolo como un extraño que era en aquel pueblo que nunca hasta entonces visitara.

Comenzaba á soplar el Nordeste gemebundo y medroso. Una niebla espesa caía sobre aquel rincón olvidado como un sudario. La humedad empañaba los cristales y un silencio cóncavo é inquebrantable reinaba en las calles. El médico seguía visitándolo con su adustez seca y dura. El coadjutor, ahora no abandonaba la cabecera del doliente y sentíase atraído hacia él por una confraternidad espiritual que se le derramaba en el alma como una bendición del cielo. A veces el enfermo lloraba, y en los delirios solía llamar á una mujer y á Dios.

Una mañana, eran ya mediados de Octubre, oyó el enfermo marcharse á la última familia. En la calle empedrada bamboleábase el coche desvencijado. Los caballos cascabeleaban con irónica alegría, agitando las colleras, y el mayoral restallaba, en el aire vago del amanecer, la filástica de su tralla. Los jamelgos relinchaban como presintiendo el término de las viajatas á Veriña bajo los manzanos cargados de fruta.

El enfermo sentíase desfallecido, como si al quedar sólo en el pueblo, los horizontes de la muerte se le agrandaran. Sintió la infinita tristeza de morir joven, y todo su cuerpo se contrajo con un estremecimiento agónico. «Sí, aquello era la vida que se escapaba entre ruido de cascabeles y silbidos y vociferaciones de un mayoral. Qué muerte tan triste y tan misteriosa y tan extraña.» Incorporábase sobre la almohada llorando cuando apareció el coadjutor. «Iba á decir la misa de alba, pero antes había querido pasar por allí. ¿Conque qué tal vamos?»

—Mal. De esta ya no hay medio de salir. Yo confesaría para quedar despachado y tranquilo. El coadjutor calló. Una luz lechosa iba bañando todo el horizonte, endulzando la sombra tenebrosidad del invierno que se echaba encima.

En los cristales aleteaban pausadamente las golondrinas, que huían alzando las alas en el esfuerzo supremo de una despedida romántica.

—Yo no me atrevía—dijo el sacerdote después de una pausa,—á indicarle nada. Pero si se muestra propicio, bien sabe Dios que eso le servirá de salud espiritual y corporal. Entonces, diga conmigo...

Y en aquella mañana, la última del Otoño, á la hora vaga del amanecer, cuando el coche que llevaba la última familia de veraneantes arrancaba hacia la estación inmediata, era la escena de ayudar á bien morir tan infinitamente conmovedora, que el coadjutor, sin poder contenerse, sollozaba abrazado al escuálido cuerpo del enfermo como si una religión los uniese más allá del tiempo y de todos los tiempos en un lugar de eterna bienaventuranza.

—Entonces, diga conmigo:

—«Soberano Señor.»

M. B. LANDÍN

ANOTACIONES.--

I: LA ITALIA PANGANA.

Podría escribirse un libro curioso sobre la Italia desconocida, sobre esa Italia por la que pasan los viajeros sin apartarse jamás de la rutina tradicional. Se haría también una obra interesante rebuscando todo lo que hay en esa península de paganismo latente, oculto con el disfraz transparente de pseudo-cristianismo, recogiendo los restos de cultos atávicos que tienen en su seno mezcla del tradicionalismo católico y de la filosofía italiana. Los misterios de la muerte de Adonis y de la buena diosa

no han caído en desuso, como podría creer un observador superficial. Se celebran esos misterios bajo el cielo azul de Latium, de la Sicilia y de la gran Grecia, con ritos casi idénticos á los empleados hace dos mil años. Sólo varían de nombre. Los mismos clérigos especulan con los entusiasmos piadosos, aprovechándose de los mismos beneficios del altar, repitiendo siempre la tradicional «*trop de fleurs*» de Calchas. Solamente ha cambiado el hábito. La villa de Gubbio ofrece todos los años el curioso espectáculo de una de las ceremonias que persisten á través de los siglos, y que el catolicismo ha tenido que adoptar sin poder modificar completamente su carácter pagano. Gubbio, una de las ciudades más antiguas de la Umbria, en el alto valle del Tiber, es el *Iguvium* de los romanos y el *Eugubium* de la Edad Media, destruida por los godos, sitiada después por los emperadores de Alemania. Sólo cuenta cinco mil almas; pero si se volviesen á abrir sus casas abandonadas podrían vivir en ella cien mil. La vieja ciudad se extiende al pie del Monte Calvo; tienen puro carácter de Edad Media con sus antiguas casas de arcos y ojivas, con su plaza del Señorío, con su palacio del Consulado, gran construcción de cuadradas almenas, con una torre que data de comienzos del siglo XIV.

Gubbio ha sido fiel á las antiguas costumbres de la Umbria. No hace mucho todavía, los habitantes de los cuatro distritos se entregaban en campo cerrado á pugilatos que recordaban los antiguos combates del anfiteatro. Esta costumbre sangrienta ha desaparecido; pero cada año, la fiesta de los cirios (*ceri*), con ocasión del aniversario de San Ubaldo, patrono de la villa, sugiere á los Eugubianos el pretexto de resucitar un día solamente la vida brutal y grosera de sus antepasados. Esta fiesta, cuyo origen se pierde «en la obscuridad de los tiempos», ofrece una mezcla singular de ritos paganos y cristianos.

El día de San Ubaldo, las tres corporaciones de albañiles, artesanos y labradores, después de un banquete epicúreo de donde los más sóbrios salen en peligrosa embriaguez,

van á coger sus cirios. Estos son, en realidad, candeleros de tres ó cuatro metros de alto, gruesos en proporción, que llevan, á guisa de llama, la estatuita del Santo Patrono de los obreros. San Ubaldo, de los albañiles; San Jorge, de los artesanos, y San Antonio, de los labradores. Se necesitan treinta ó cuarenta hombres rotustos para cada *ceri*, pues su *barella* (anda) tiene cinco metros de altura total y pesa dos mil kilogramos. Antes de sacar los paramentos acostumbrados para la procesión, es costumbre regar con agua lustral, á la manera pagana. Se unen los *ceri* á su *barella* con gruesas cuerdas, precaución muy útil dada la embriaguez creciente de los portadores y el declive del camino. El obispo, rodeado de su clero, viene con gran pompa á bendecir los tres cirios y se retira al punto como protestando de la celebración de esta extraña ceremonia.

Gritos de júbilo, ó más bien vociferaciones de Pielas Rojas, se dejan oír al punto. Los jefes de los gremios, blandiendo las espadas y las hachas, llenos de entusiasmo, gritan: «¡Vivan los cirios!» Un largo romance, escrito en honor de San Ubaldo por un canónigo, indica cómo se pone en marcha la procesión: «Uno empuja á su compañero y cae con él; éste llora, aquel ríe; se grita, y por sobre esta algarabía, óyese: ¡Viva Ubaldo, patrón de Gubbio! ¡Viva el cirio, bandera de honor!» En cada taberna, y Dios sabe lo numerosas que son por el camino, los portadores del cirio ó *cerajoli*, entran á refrescarse; después continúan su carrera vociferando con gestos de epilépticos. Llegados á la plaza del Señorío, dan dos ó tres vueltas sin olvidar las detenciones obligatorias en las *cantinas*, *hosterías* y *pescaderías* y se deciden al fin á tomar el camino de la montaña para dar fin á la peregrinación, en el convento donde reposan los restos de San Ubaldo, en lo alto del Monte Calvo, derrengados, sudorosos, medio muertos por la borrachera, gritando: ¡*Euviva Sant Ubaldo!* ¡*Euviva i ceri!* Gritos piadosos á los cuales se mezclan aclamaciones menos ortodoxas y de índole política, tales como la de ¡*Viva la República universale!* Porque parece

que el socialismo anarquista ha ganado el paraíso terrestre. Como ya no hay más tabernas en los flancos desiertos del monte Calvo, los *cerajoli*, gentes prácticas y previsoras, han tomado la precaución de distribuir toneles de vino en los senderos áridos y peñascosos. Son las estaciones de un calvario de nuevo cuño. A cada una de ellas, los peregrinos colocan los tres vasos en forma de cirios y beben hasta que el tonel se vacía. Se deja comprender en qué estado llegarán por la tarde á la capilla con sus pesados fardos; estos desgraciados, ya ébrios á la salida de Gubbio, bebiendo á cada paso, extenuados por el sol y la fatiga. Cerca de la tumba de San Ubaldo, nuevas libaciones, y los que aún pueden tenerse en pie, excitados por el vino hasta el frenesí, no tardan en sacar sus cuchillos, epílogo habitual de toda fiesta campesina en la Italia central y meridional. Un año en que uno de los peregrinos se había apoderado con la mayor frescura del anillo de oro de San Antonio, sin duda para conservar un recuerdo suyo, sospechando unos en otros, sacaron los cuchillos y abandonaron el cortejo para disputarse mano á mano el consabido anillo. El gobierno y el clero permanecen impasibles ante semejantes violencias, acaso porque estos hechos que la tradición sanciona son difíciles de impedir. Si la procesión de los *ceri* de Gubbio es la continuación de las fiestas de Ceres, es necesario advertir que desde hace mil años las costumbres de los agricultores en la Umbría están sensiblemente trastornadas. El divino Baco y el bienaventurado San Ubaldo, con sus fieles, desempeñan allí todos los años un papel deplorable para con la diosa de las mieses, y conmueven de un modo extraño sus serenas teorías.

II

Carlos Monselet

Nació el 30 de Abril de 1825 en Nantes, donde su padre era librero. Debutó como periodista en *Le Courrier de la Gironde*, y poco después dió á luz su gracioso poema *Marie et Ferdinand*. Para el teatro compuso varias pie-

zas en prosa y verso, entre ellas la tan nombrada parodia de la *Lucrece* de Ponsard. En 1846 fué á París, donde publicó varias novelas en *L'Époque* y en *La Patrie*. Más tarde colaboró en *Le Pays*, *L'Assemblée nationale*, *L'Anfendum Français*, *L'Artiste*, *Le Monde Illustré*, y como crítico de teatros en *Le Figaro*. En 1857 había fundado *Le Gourmet*, revista semanal que respondía á uno de los títulos más ó menos auténticos de su reputación, y que sólo vivió algunos meses. Su *Historie du Tribunal Revolutionnaire*, sus *Statues et Statuettes*, la interesante colección de semblanzas del siglo XVIII titulada: *Les Oubliés et les Dadaignes*, el libro de viajes *De Montmartre á Seville*, y sobre todo, *Les Scènes de la Vie cruelle*, justifican la fama de que gozó en vida. Cronista distinguido, Monselet mantúvose siempre independiente, no atendiendo más que á su inspiración; jamás quiso sacrificarla *al gusto del día*, y es uno de los pocos escritores que han conservado intacto el estilo literario que supo imprimir á todas sus obras, aún á las de la primera juventud. Muy erudito, no abandonaba la biblioteca sino para ir á sentarse ante la mesa del café; una vez instalado allí, escribía sin preocuparse del ruido que se hacía en torno suyo. Si se le hubiera transportado en estos momentos así á otro lugar lejano, no lo habría advertido. Preciosa facultad que le permitía, sin ocuparse de las conversaciones de las mesas contiguas, construir frases elegantes, de estilo irreprochable, que se leían con gusto, á la mañana siguiente, en los periódicos. Convidado agradable y de humor siempre igual, sobresalía en las improvisaciones, prodigando su vena inagotable, que se traducía en chistes espirituales y en reflexiones picantes. Era también fiel asistente á las reuniones de la *Pomme*, donde tomaba gran parte con su alegría comunicativa. Ultimamente reunía alrededor de su mesa á los amigos íntimos; cantaba con voz graciosa las estrofas de una antigua canción: era el canto del cisne. A pesar de su vida activa, febril, consagraba no poco tiempo á su familia y á sus hijos, no queriendo dar las señas de su domicilio á fin de librarse de los indiscre-

tos. A este propósito se cuenta una historia que durante algún tiempo corrió por París. Habiéndose en un periódico burlado del director de una agencia matrimonial que tenía mucha publicidad, éste, menoscabado en su amor propio, envió á Monselet dos quejas, una de él y otra de un capitán de dragones. Durante un mes, el desventurado oficial estuvo sin descubrir la residencia del adversario de su apadrinado. Desesperado del éxito, se decidió á buscar á Monselet en el café donde iba todos los días.

—Yo soy X..., capitán de dragones,—dijo avanzando hacia él.

—Tengo mucho honor en conoceros.

—¿Es á Monselet á quien tengo el gusto de saludar?

—Servidor de usted.

—Me lo ha encargado M. Z...

—¿M. Z....? No tengo el gusto de conocerle.

—Es el agente de matrimonios á quien usted...

—¡Oh!, entonces, señor capitán, es inútil que continuemos este diálogo: yo estoy casado y no deseo tener relación alguna con vuestro amigo. Evito el escuchar por más tiempo vuestras proposiciones.—Y el capitán, azorado ante aquella respuesta, se retiró muy contento del resultado, dejando en paz á Monselet, á quien su *bonhomie* dió el nombre de *abbé Monselet*. Si todas las necias querellas se terminase tan espiritualmente, y sobre todo, tan pacíficamente, los duelos serían menos numerosos y menos ridículos.

III

Gabriel Vicaire

Entre el Gabriel Vicaire de *Emaux bressons* y el Gabriel Vicaire de *L'Heure enchantée* hay una diferencia extraordinaria. En el primero de estos libros era un alegre compañero, buen bebedor y fornido aldeano que sentía el viento de la inspiración al olor húmedo del surco que el arado abría en la tierra. El campesino se ha transformado en un príncipe joven, vestido de seda y satén,

que, sonriendo melancólica y burlescamente, nos conduce al bosque encantado para contar historias de otro tiempo y de otra vida. De su primera manera apenas tiene en *L'Heure enchantée* otra cosa que el arte, el estilo, el verso libre. Aquí es un Tennyson, elegante y soñador, sobre cuya melancolía crujen continuamente las hojas de los bosques. Gabriel Vicaire nos habla de un amor que es la anti-tésis de la acción, de ese amor que se siente algunas veces en los jardines, á las orillas de un lago, cuando el aire vaporoso pasa rozándonos cariñosamente. Hay numerosos versos en *Sanvageons*. Estas *Sanvageons* son tres pobres hadas, que han envejecido y perdido la belleza y que lloran el inefable atractivo del mundo que nace:

Le ciel nous souriait comme un père indulgent;
L'Univers, un, riait en sa beauté sans voiles;
et noirs animons á voir, du resseau des étoiles,
sortir la lune blonde et le soleil d'argent.

¡Quelle fleur de gaité! La terre adolescente
offrait ses jeunes seins á tous, sans se lasser:
l'amour, comme un enfant, se laissait caresser,
la vie était sans tache et la mort innocente.

En otra composición, Merlín actúa de héroe vencido, Merlín está vestido de juventud como el doctor Fausto. ¡Pero qué diferencia entre ambos! El triunfo grosero y previsto de Fausto sobre Margarita no prueba nada, y cuán significativa es por el contrario la derrota de Merlín. Como que es la mitad de la historia de la humanidad. El Celta ha tenido la visión más pronta que el germano.

En uno de los fragmentos de simbolismo cristiano, la Virgen, asomada á un balcón del cielo é interesándose por los sufrimientos humanos de la tierra, es una graciosa concepción, aunque ligeramente tocada de preciosísimo arcáico. La última composición es una especie de adiós apasionado á la juventud:

¡Jeunesse aux cheveux blonds qui ne me connais plus!

El poeta le pide á esta divina amante un último beso, y la amante, que nos abandona antes que nosotros hayamos dejado de amarla, huye para siempre. Los pensamientos de la edad madura tienen, como el ocaso, su luz y su poesía. Hay en la lira una cuerda de plata bruñida, cuya grave resonancia vibra por mucho tiempo en los corazones.

IV

Ruysbroeck el Admirable

Maeterlinck tradujo del flamenco al francés en 1891 (*L'ornement des noces spirituelles de Ruysbroeck l'admirable*) una de las numerosas obras de un fraile muerto en 1381. «Si he traducido esto, nos dice, es únicamente porque creo que las obras de los místicos son los más puros diamantes del prodigioso tesoro de la Humanidad, aunque una traducción sea casi inútil, pues la experiencia parece demostrar que poco importa que el misterio de la encarnación de un pensamiento se verifique en la luz ó en las tinieblas; lo esencial es que se verifique. Pero sea de ello lo que quiera, las verdades místicas tienen sobre las verdades ordinarias un privilegio extraño: no pueden envejecer ni morir. Tienen la inmunidad de los ángeles de Swedenborg, que avanzan continuamente hacia la primavera de su juventud. Una obra solo envejece en razón directa de su anticristianismo, y por eso este libro no está sujeto á épocas».

La introducción es interesante y la traducción muy bien hecha. Maeterlinck ha creado un lenguaje apropiado á su asunto, un lenguaje rico, de palabras sonoras y de acordes misteriosos, que se pueden oír aún cuando no se comprendan. Nosotros aceptamos á los místicos como testimonios curiosos de un estado de alma cuya historia revela sus condiciones psicológicas. Ribot ha demostrado ya, por el análisis del «Castillo interior» de Santa Teresa, el uso que se puede hacer de esta clase de documentos para comprender la marcha ascendente del espíritu hacia la unidad absoluta de la conciencia. Es posible que se sacase el mismo provecho de algunas obras de Ruysbroeck, tales como el «Libro de los siete grados del amor espiritual», ó el «Libro de los siete castillos». En el traducido por Maeterlinck se observa la gradación de los ejercicios continuados para llegar á realizar la unión del alma con Cristo, su divino esposo. «El esposo llega, salid á su encuentro.» Tal es el texto ilustrado y comentado

por el fraile. Tres grados conducen al final de las bodas espirituales: La vida inicial, la vida elevada y la vida superesencial y contemplativa. Desde que el hombre es atraído por las virtudes y por la piedad se constituye en un viajero; las condiciones particulares de este nuevo estado son la gracia, la desnudez del corazón y una conversión libre de la voluntad al medio de concentración de todas las fuerzas que encierra en sí. Entonces es cuando se siente dentro al esposo. En la vida contemplativa, el espíritu muere para sí mismo. El amante contemplativo «vé y siente en sí la misma luz por la cual vé y no por otra». Para el místico cristiano y quizá para todos los místicos, amar es comprender, la inteligencia es el amor. Una de las virtudes de la vida inicial es la sobriedad. «Que el hombre coma á la manera que el enfermo toma la medicina.» La inteligencia no consigue llegar á Dios; pero allí donde la inteligencia se abstrae, entran el amor y el deseo. Por una dominación larga y paciente del deseo, por una sabia derivación del influjo nervioso, ha conquistado el poder de llegar más allá del éxtasis y de mantenerse algunos instantes en este supremo deliquio. El místico cree excitar su inteligencia abismándose en su sensibilidad; se hace la ilusión de poder comprender el por qué de su anonadamiento.

V

De literatura escandinava

Dos tendencias principales se manifiestan en la literatura escandinava: racional, positiva, basada en la libertad y en la razón é influenciada directamente por Brandés, á cuyo lado marchan Björson é Ibsen, la una; representada por la juventud, creyendo en la preponderancia de la raza con aspiraciones individualistas, y con el panteísmo abstracto por religión, la otra. La gran crítica se ha hecho *nietzscheana*.

Herman Bang, en su novela *De fire Djoerte* (*Los cuatro diablos*), cuenta una sencilla historia de *clowns*, comparable á *Les frères Zemganno* de Edmundo de Goncourt, y es curioso

notar cómo con procedimientos del todo diversos, los dos escritores realistas tienen la misma fuerza sugestiva.

La señora Banting, que firma con el pseudónimo de *René*, relata en un volumen titulado *Sju Martyrer (Siete Mártires)* con un adorable encanto los sufrimientos morales de la mujer. Son pequeños cuadros que suponen una gran exactitud de visión. *Las Estaciones históricas* de Ohlson son narraciones de un jefe de estación que unen un atractivo agradable una fina observación. Ohlson no está muy experto en urdir tramas y á la legua descubre su inesperienza. Bien que sea esta su primera obra y que en ella hay ya buenas promesas.

Joh. Keller ha publicado una serie de novelas bajo el título común de *Liv (La vida)*. La vida, tal como es. *Compasión y Aurora* demuestran un verdadero ingenio. El *Guld og aere (El Oro y el Honor)* de Otto M. Moeller es del género de Julio Verne, pero es inferior á «*L' Ile á Hélice*». Las situaciones son sin embargo bastante animadas para justificar el éxito del libro. Elías Krømmmer ha reunido una serie de siluetas burguesas, *Glode Burgere (Los Burgueses alegres)* un tanto atrevidas.

Los «*Bosquejos y Narraciones*» de Laps Dilling, el encantador humorista tan querido del público escandinavo; los *Norske Digtere (Poetas Noruegos)* de Nordahl Rohlfsen, y sobre todo las comedias ilustradas de Holberg, así como las obras de Tegner (Frithiof, etc.), cuyas ilustraciones inauguran en Dinamarca una genialidad artística que realiza bajo el punto de vista decorativo con todas las que se hayan hecho en otros países, son dignas de ser citadas.

* * *

En Bjørstjeme Bjørnson descúbrese dos rasgos, ó más bien, dos dones muy característicos: un admirable talento para la creación de caracteres sencillos, combinándolos para personificarlos en seres vivientes, algunas veces puestos en caricatura; toda una serie de observaciones sagaces que presentan al

lector una imagen exacta del alma del campesino noruego; además, una poderosa virtuosidad lírica, la elocuencia del apóstol electrizando las multitudes é imponiéndoles sus convicciones. Estos dos rasgos se unen en un mismo estudio psicológico, dirigido principalmente á moralizar por las reflexiones puestas en boca de los personajes de la novela ó de la obra dramática...

VI

Sobre la amistad

Esos psicólogos que tan minuciosamente han descrito y analizado el amor moderno, pasaron siempre como sobre áscuas por la amistad. En las novelas contemporáneas, los amigos sirven para hacer resaltar los principales rasgos de carácter del protagonista por efectos de contraste. Son personajes de segunda línea, artificiales.

Sólo Edmundo de Amicis ha escrito un libro sobre los amigos, dos volúmenes espirituales, agradables, dulces, pero tan pobres de observaciones originales, que pudiera creerse que el amable escritor piamontés se ha divertido en llenar seiscientas páginas para darnos á conocer unos cuantos personajes, con quienes todos hemos tropezado, bien en el teatro, bien en la calle, ó bien en la vida privada. De sobra se deja conocer que me refiero á esos que usurpan el nombre de amigos, y que si los aguantamos es por complacencia, por costumbre ó por gravedad.

Hay, sin embargo, amigos á quienes nos une un amor nacido súbitamente ó de una frecuentación, comenzada quizá por peripecias de la vida, por servicios mútuos, por discreteos sin importancia, ó bien por afinidad de profesión, de intereses, de ideas ó de trabajo.

Reconozcamos que la profesión, cuando no es base de la amistad, es causa de odios ó celos. Hablo de las profesiones que nos son agradables, que hemos escogido libre, espontáneamente, por afición natural, porque hallamos en practicarlas la satisfacción de las necesidades y aspiraciones que en nosotros residen, porque son el fin á que se dirige nuestra acti-

vidad, instintivamente y sin esfuerzo. Creo que esta amistad profesional no se dá solamente en las artes liberales, pero es en ellas mucho más frecuente que en las demás y más fácilmente entre personas de espíritu cultivado. En el mundo literario no es rara esta amistad: comunmente se habla de los literatos como de gentes envidiosas, que procuran interceptar el camino á los más fuertes y á los mejores. Nada más falso: indudablemente que estos malos sentimientos existen, como en todas las demás, en la carrera literaria: pero son más raros de lo que se cree vulgarmente. Que la envidia profesional existe, es cierto; pero esta envidia, con sus afrentosas consecuencias, está compensada por la amistad generosa y desinteresada.

Los que frecuentan círculos literarios me darán la razón: es verdad que allí se calumnia, desprecia y vilipendia á quienes se debiera defender; es verdad que, como en todos los círculos del mundo, se encontrarán con mezquindades, rencillas, odios é hipocresías; pero es verdad también que, á poca observación, les será fácil tropezar con ejemplos de sincera, perfecta y leal amistad.

GONZALO CANTÓ

NOSTALGIA

Campanario de mi pueblo,
qué bien suenan tus campanas
en esos días de júbilo
en que se viste de gala
el pueblo que te circunda
y que á tu sombra descansa,
rendido por las fatigas
de la labor cotidiana.

Campanario de mi pueblo,
qué bien suenan tus campanas,
qué concierto tan armónico,
qué melodía tan grata,
qué magestad tan sublime,
qué vibración tan simpática
cuando á vuelo todas ellas
rompen al romper el alba.

Hermosa y bendita torre,
esbelta como una palma,
símbolo de la firmeza
y emblema de la constancia,
yo te veo, cuando cierro
los ojos, con los del alma,
pues soy constante y soy firme,
y aunque un año y otro pasan,
de tí no puedo olvidarme,
y más me atraes y encantas
cuando mayor es la ausencia
y más grande la distancia;
pero á pesar de no oírte
tras una ausencia tan larga,
aún resuena en mis oídos
el eco de tus campanas.

¡Campanario de mi pueblo,
fiel testigo de mi infancia,
con quien soñé tantas veces!...
Centinela y atalaya
de la gran ciudad que el *Serpis*
ciñe y lame, besa y baña:
desde tan lejos admiro,
con veneración cristiana,
la cruz que hay en tu veleta,
y en la cual rozan las alas
tremulentas, las palomas,
perseguidas por las águilas.

Campanario de mi pueblo,
qué bien suenan tus campanas;
cuántas penas me renuevan
y alegrías también cuántas...
En esas noches de insomnio
en mí tu imagen se graba,
y recorro el pensamiento
por las calles y las plazas
de mi pueblo, visitando
sus talleres y sus fábricas,
y emoción tan honda siento,
que el corazón se me ensancha,
y á los ecos de tus sonos,
que creo oír cuando llamas
á los fieles, de la Virgen
corro á postrarme á las plantas,
diciendo, á la vez que imploro
su dulce y divina gracia:
«¡Tú, de los Desamparados
protectora y abogada,

Madre y Virgen de los cielos
y del mundo Soberana,
mira al pie de tus altares,
en llanto deshecha el alma,
al que no ha dejado un día
de invocar tu piedad santa;
abran tu manto los ángeles,
que Reina suya te aclaman,
y ampárame, Virgen mía,
tú, que á nadie desamparas!»

Campanario de mi pueblo,
qué bien suenan tus campanas.
Desde el fondo del barranco
oye el pastor tus plegarias
y reza las oraciones,
que con tus lenguas metálicas,
llenas de unción religiosa,
le enseñas y le acompaña.

Campanario de mi pueblo,
también tienen tus campanas
notas tristes, notas lúgubres,
vibraciones impregnadas
de lamentos, de sollozos
y de pesares, que arrancan
hondos suspiros del pecho
y de nuestros ojos lágrimas,
cuando sus ecos parecen
que lloran nuestras desgracias.

Campanario de mi pueblo,
siempre que oigo tus campanas,
ora alegres, ora tristes,
¡qué dulce impresión me causan!
Y es que recuerdo contigo
penas y dichas pasadas,
sueños de color de rosa,
ilusiones y esperanzas
que hoy miro, fallidas unas
y las otras... disipadas;
y en medio de esta tristeza,
que lentamente me mata,
tú eres el bálsamo santo
que cicatriza la llaga
que me produce en el pecho,
con la ausencia, la nostalgia,

Lejos de tí, todo es sombra;
lejos de tí, todo cansa;
contigo, todo es alegre,
todo ríe, todo canta;

y aunque profundos recuerdos
grandes sinsabores traigan,
hay amarguras que á veces
confortan al recordarlas;
por eso repito tanto,
y cada vez con más ansia:
¡Campanario de mi pueblo,
qué bien suenan tus campanas!

LITERATURA EXTRANJERA

PETER GOLSTEMBERG

LA VISIÓN DE LA MEDIA NOCHE

«Son las páginas que siguen fragmentos del diario que durante su estancia en el Sanatorio de Santa Marta de R. escribió Leopoldo Federico de Monterrey, comentarista del hermeneuta Cornelio Lápidé y de los místicos flamencos del siglo XV. En ellas refiere sus fantásticos amoríos con una monja carmelitana, cuyo retrato, pintado por un discípulo del Correggio, puede verse en la sacristía de la Catedral de S. Aquí solo se copian trozos de los pasajes últimos, donde creemos haber encontrado un dolor intenso mezclándose á extrañas alucinaciones».

«22 de Enero: Son las nueve de la noche, hora de misterio y de soledad. Un viento neblinoso y frío empaña los cristales de las ventanas. No se vé un alma en las calles, esclarecidas débilmente por la luz que de trecho en trecho arrojan los faroles sobre el empedrado. Acaban de cerrar una botica que hay bajo unos soportales. Salgo. Atravieso la calle de Alfonso VIII, que desciende en rampa hacia la plaza de Santa María la Antigua, y tomo por el callejón de las Animas el camino de la Catedral. Las gárgolas, que en el cielo medroso de la noche se alargan fantásticamente, gotean sobre las losas oscuras el llanto de las cosas pasadas, que viven en las piedras viejas una vida antigua y soñolienta.... Sentado en la gradería que circunda la portada, espero á que se iluminen los altos ventanales—

donde hay escenas de santidad ingénuas, como en los trípticos de los primitivos,—espero á que sea media noche, la hora de la blanca visión, de la visión de ensueño. Un reloj dá las once... Y otro... y otro. Sobre la ciudad se extiende un silencio cóncavo y funeral. Hoy aguardo como en ningún otro día de la vida la aparición seráfica. A las doce comienza el órgano á mixturar el aire de purísimas melodías. Oyense las voces graves de los cantores y las voces arcangélicas de los salmistas... Poco á poco van debilitándose los ruidos y de nuevo se hace el silencio. Después de esta hora, un terror extraño me invade... Voy hacia la puerta de la Catedral, que se abre como empujada por un ejército de sombras. En el altar brillan opacamente millares de luces. Sobre las piedras tumbales, los reyes y los obispos de otros tiempos oyen arrodillados la misa que un monje vestido de negro dice apresuradamente. Hay murmullo vagoroso de rezos latinos y crugir de huesos y férreos sonidos de corazas... Me refugio en el coro, y allí permanezco extático ante aquella extraña ceremonia, no sé cuanto tiempo... Lentamente, con acompasado y mayestático andar, viene hacia mí una mujer tocada de blanco, que lleva en la mano una flor roja. Intento salir á su encuentro y no puedo. Una garra esquelética—tales las talladas en los facistoles donde duermen envueltos en piel desgastada los grandes libros corales—me sujeta. Serena, radiante, bajo un nimbo de luz cegadora, la visión se acerca, se acerca tanto, que si pudiera extenderlo, mi brazo tocaría su túnica... Ya está aún más cerca. Tiemblan sus labios. Va á comenzar á hablar... La garra sigue tirando de mí, hacia abajo, hacia una sima negra por donde ruedan nubes muy espesas... Se ha desvanecido el místico encanto. Quiero gritar y no puedo; un olor á huesa y á moho me impide la respiración. Abajo, en el fondo sin fondo de la nada, perros negros aullan tristemente, y de pronto yo me convierto en uno de esos perros negros que van por las ciudades silenciosas y antiguas en las noches sombrías, ululando su tristeza desolada, infinita, horrible...»

«23 de Enero: A la madrugada. Necesito asesinar á una sombra. Llevo escondido el puñal en el seno. Tiene la hoja fría y retorcida como una serpiente... Cuando llegué hoy al coro había terminado la misa el monje negro. En las capillas oscuras agonizan las luces de los lampadarios. Zumban por las bóvedas sordos rumores de letanía... Va llegando la hora de la visión... La mujer blanca descende como de lo alto de una hornacina invisible. Viene hacia mí lentamente. Cuando atraviesa las verjas corales, la garra esquelética me atrae de nuevo hacia el abismo. Saco el puñal. La visión se acerca. Hiendo el aire con la hoja acerada como para librarme de aquello que me oprime. La visión se acerca más aún. Brillan ante mí dos luces extrañas como de ojos que miraran desde lo insondable. La garra sigue atrayéndome. De nuevo rasgo el aire con el puñal y un torrente de sangre me salpica el rostro. Es del mónstruo de la garra. Ahora ya veré siempre á la mujer blanca de las noches místicas... Corro tras ella... Sigo corriendo, encharcándome en la sangre del mónstruo invisible, amenazado por la mirada torva de los sacerdotes, de los guerreros y de los santos... Y luego siento como que una suprema angustia me petrifica y quedome á dormir un sueño tenebroso y vacilante bajo las losas graníticas del presbiterio...»

«24 de Enero: Un túmulo negro, inmenso, formidable. El terciopelo guarnido de oro brilla bajo la luz de los cirios que manos invisibles sostienen en el aire. Sobre el féretro de palosanto rojea una muceta color de sangre. Comienza la misa austera del monje extraño. De vez en vez el órgano solloza. Oyese gemebundear al viento por las calles solitarias... Después de la misa, un ejército de fantasmas vocífera resposos interminables. Pasan los obispos por delante del féretro hincando la rodilla... Una mujer con amplio manto negro descende de lo alto. Es la visión. Es el sueño alucinante de mis noches... Mas no viene hacia mí. Llega ante el túmulo y se prosterna, confundiéndose su figura entre los paños de terciopelo. Voy hacia ella. Pero antes de llegar al sitio donde está oigo un estruendo ho-

rible, como de montañas que se derrumban, y del féretro de palosanto sale una garra que me oprime el corazón y que...»

«Los habitantes de la ciudad de S. hallaron una mañana en el pórtico de la Catedral el cadáver de un loco, escapado pocos días antes del Sanatorio de Santa Marta de R. Y una vieja de los arrabales, que cura enfermedades con untos misteriosos, asegura haber oído durante toda aquella noche los aullidos lastimeros de un perro vagabundo y el lúgubre tañer de las campanas de un convento de monjas.»

CÉSAR JUARROS

Y
J. M.^a DE LA TORRE

BIBLIOGRAFÍA

Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomin.—Las publica D. Ramón del Valle Inclán. Madrid, 1904.

El Sr. del Valle Inclán es ante todo y sobre todo un pulcro estilista, el primer *flaubertiano* español, un buen y refinado literato, que padece la estética dolencia que los franceses llaman «enfermedad de la perfección», del estilo. La pobre y vergonzante literatura patria debe estarle profundamente reconocida. Sus obras poseen el enorme y raro mérito de marcar el comienzo de una renovación. Avalóralas el sentido hondamente anticlasicista que en ellas florece. Durante largos y estériles años hemos tenido los españoles la rara pretensión de que el hacer estilo estribaba tan solo en seguir paciente y reposadamente las augustas huellas y resobados modos de construir de los clásicos, olvidando que los idiomas también evolucionan, como todas las cosas materiales y espirituales que con el mundo ruedan. Valle Inclán se ha empeñado en recordárnoslo.

Distán mucho estas consideraciones de ir encaminadas á afirmar que su personalidad sea del todo original.

Hállase de muy acentuada manera influenciado por autores que en otros climas viven.

Su último libro trae á la memoria el aris-

toacrático y preciso narrar de Barbey d' Au-revilly; en el interior sentido de las frases juguetea la especial manera de Eça de Queiroz, y cuando evocador y soñante describe los jardines en que dulces cántigas, entonan las fuentes, bajo el azul profundo del cielo, donde tiemblan las estrellas, sobre las páginas del libro parece pasar el espléndido y ornamental procedimiento literario del magnífico D' Annunzio.

A pesar de tales remembranzas, forzoso y agradable es reconocer que el escritor que á luz saca las memorias del «feo, católico y sentimental» Marqués de Bradomin, sabe tejer como pocos en castellano lindas y adorables historias. Pero Valle Inclán, desgraciadamente, desfigura, mutila y particulariza los sentimientos con tan terca obstinación, que los imposibilita para despertar en las almas sensaciones obsesionadoras, de esas que siempre se conservan para consuelo de las horas grises en que reina la nostalgia. En nada de cuanto exquisitamente labora hállase la perfecta y deseada unión entre lo afectivo y lo sensorial, necesaria, según Ribot, para que toda creación artística pueda á la vez producir la visión intensa en un todo acomodada á la realidad y la emoción profunda que llega á causar la violenta sacudida del sentimiento. Las imágenes son hermosas en los libros de Valle Inclán, pero son de una hermosura lapidaria, sin la impetuosidad de las grandes metáforas inmortales de que habla Taine. No obstante sus tendencias decadentes, en el sentido escolástico de la palabra es un escritor para antologías.

Igual da leer un fragmento que otro. El interés no se mantiene. Los personajes son artificiosos y tienen tan poco de humanos y tanto de fantasía ingénuo y plácida, que todo cuanto dicen resbala dulcemente sin marcar su paso. Fáltales el realzador y sugestivo adorno de la psicología, y esto lleva imperiosamente á que la acción carezca de valor emotivo, único que justifica el Arte. La sugestión, esa embriagadora sugestión que toda creación artística debe producir, falta, porque el desconcertado lector no puede sumergirse

en el ambiente sin que preceda una fatigosa labor preparadora, de que no todos son capaces. La labor de Valle Inclán está hecha de puras apariencias; ni siquiera remota é indecisamente es posible vislumbrar en ella la verdad observada. Todo aquel constante imaginar, no es sino lo que él hubiera querido que fuera su vida. Muéstranos el análisis al autor de *Femeninas* como un caso más del desacuerdo entre lo real y lo ideal, que tantas veces se dá en la existencia de los grandes soñadores; acaso toda la belleza admirable y preciosista de las *Sonatas* sólo sea poética protesta de una sincera y noble alma, que no se resigna á respirar bajo el cieno de la mediocridad á que la vida actual condena. Por ello sin duda, los personajes hablan forzosamente y con tenaz polarización, sin permitirnos sorprender la secreta tortura de las luchas que en su intelectualidad surgen y se extinguen.

No se suponga por esto que D. Ramón del Valle Inclán no alcanza á producir impresión estética, pues como dijo Teófilo Gautier, «las palabras tienen por sí mismas y fuera del sentido que expresan, una belleza y un valor propios».

Pequeña ópera lírica, por Rufino Blanco Fombona. Madrid 1904.

¡Bien venga el prólogo de Ruben Darío! Todo lo que escribe el exótico poeta nos sabe á mieles, y leí el libro del Sr. Blanco por mandármelo el frontis del edificio. Darío se cura en salud, y si á mal hablar vamos, se sacude las pulgas tratando de los Médicis y de Benvenuto, de Lorenzo el Magnífico y de Ferrara (está en Florencia, dichoso él), de todo, menos del poeta cuyas puertas nos abre. Este, según chismes, es de Caracas; su libro lleva el marchamo de Fernando Fé y no está mal editadito.

Entremos dentro.

Es moda en los decadentes decirlo todo. Fué achaque de muchos románticos no decir nada. Entre ambos abismos ciérnese la discreción como regulador del arte. No trueno yo, ¡Dios me libre!, contra los decadentes; tienen

mucho bueno, y... dénme versos de Verlaine ó Sully Prudhome, que como anillo al dedo han de venirme, pero no batallamos contra la rima, contra el ritmo y contra la sublime diosa Verdad. El que rompe paga. Quieren romper un molde, pues... paguen con otro mejor, que por ahora no parece.

El libro del Sr. Blanco quiere ser, como todos los libros de versos de ahora, una originalidad. Lo será, y á ello no me opongo; pero también es original, ó lo sería, el ponerse los calcetines en las manos ó el enamorar á las viejas. El disparate es y será siempre disparate, dígase como se diga.

El Sr. Blanco puede ser un poeta si conserva la túnica de Homero... ó la levita cerrada de Campoamor. Volver á las melenas, al suspiro y á la mandolina y no saber por dónde va el agua, es un modernismo colagogo.

Leamos:

«Es una tarde. Es el remoto
místico tiempo medioeval.

Es el lejano tiempo ignoto,
el tiempo místico y feudal.

El que escribe esto sobre papel garbanzo y con letra elzeviriana merece que le digan algo. Por ejemplo, que una cuarteta en tres tiempos y con dos misticos la escribe cualquiera, y que el último verso podrá ser verdad, como dijo el baturro, pero no es verso.

Encuentro un «Adios» á la Srta. Regina Szymouska. ¡Gallarda señorita por mi fé! La conocí en casa de Sofia Casanova y es digna de los versos de Blanco y *ainda mais*.

Pero decirle:

Tuerces rumbo—ya vas lejos;
tu blancura se destaca
sobre los campos bermejós.

Adios, polaca.

¿Qué campos son los bermejós? ¡Adios, tú!
En cambio, este poeta escribe cantables del género chico, sin pretenderlo. Es un mérito como otro cualquiera. Allá vá:

Cuando entre pieles de astrakán
vamos á casa en faetón,
y entre mis brazos de D. Juan
late de amores tu corazón.

¡Pon!

¿Lo haría mejor Giménez Prieto?

No es posible tomar en serio el libro del Sr. Fombona, y como supongo que será joven, he de decirle algo que le aproveche. Y esto es, que el buscar á todo trance ideas nuevas suele conducir á atropellar el sentido común; que quien no quiere tener sentido común no es persona; que quien no quiere sujetarse á las reglas de la poética, jamás hará versos, pues el zapatero no puede hacer botas sin reglas y material, porque ni siquiera podrá construir zuecos ó abarcas célticas como las haría el Sr. Blanco, puesto en compromiso, y que siendo materia abonable, habiendo un poeta dentro de tanta incongruencia jibosa y antinatural, es lástima que no salga ese poeta del lio de metonimias, hipálages y paradojas en que anda envuelto, para decirnos: «El pan es pan y el vino, vino», pero de una manera artística y sincera. ¡A trabajar!

¿En qué pensaría Ruben Darío?

¡Ah! sí, en los Médicis.

GLOSAS Á LA VIDA.

En un periódico de Madrid viene la noticia, mil veces repetida ya, de la tristísima situación en que se encuentra el hijo de un novelista, cuya fama nos entristece hoy por lo efímera y nos avergüenza por lo injustificada.

D. Torcuato Tárrago y Mateos, que así se llamaba el tal, escribió, ¡Dios se lo haya perdonado! novelones tan archicursis y supersentimentales como los de aquel otro experto y literario cazador Pérez Escrich.

Sin contar para nada con lo deplorable de sus fabulaciones ni con lo paupérrimo de sus estilos, bien será traer aquí á colación que nadie más que ellos tienen la culpa de ese extravío falsamente espiritualista que sufre hoy la literatura nacional.

Caritativamente hablando, el hijo de Tárrago, para quien la limosna se solicita, solo tiene derecho á la execración de sus contemporáneos. Merodeador probable del periodismo, ha-

brá soñado con llegar, escuchándose en su alta progenie literaria á esas luminosas regiones donde las Famas coronan de laurel rosa á los vencedores. Y me figuro cuál habrá sido su desencanto al verse frustrado en sus aspiraciones y candidato á morir de extenuación en una de estas dulces noches del verano en que las condesas de las novelas de su genitor beben en las terrazas los vinos aromáticos, y sobre la animación y el estrépito de los salones vuela el alma de Carlos María Weber.

* *

El corresponsal de *El Gráfico* en Ontaneda telegrafía á este mismo periódico, que el señor Maura ha leído ya la carta que D. Julio Burell le dirigió con motivo de los sucesos de Alcalá del Valle.

El Sr. Maura es de una arrogancia lamentablemente tartarinesca. Va todos los días á Sanghai, metafóricamente por supuesto.

Ayer dijo que no había leído la carta del señor Burell, porque él *no leía periódicos*, «esos caminos de hierro de la mentira», según el verbo de Barbey d' Aurevilly, y hoy viene quitando la virtud á ese gran decir por conducto de un asalariado de *El Imparcial*, que dice llamarse Balcazar. Ya leyó ese tautológico, tronador y musical romance, que pidiendo justicia seca para unos desdichados forjó en el laboratorio de su mente el periodista Burell, y ya puede desde hoy dormir tranquilo en su bucólico retiro de Ontaneda. Lo nietzscheano hubiera sido desdeñar las opiniones que un voraz espíritu de empresa y de perros chicos dicta. A buen seguro que hay cohechos y caciquerías por esas provincias de Dios que exigen pronto y justo clamoreo. ¡Lástima que los *vagares veraniego-periodísticos* no muerden más!

* *

Un moro (Alah le conserve el génio) se sintió suegro el otro día, según un corresponsal de Argelia.

Es el caso que el antedicho moro, que no sé si será bajá ni de cuantas colas, posee, además del indispensable harén para pasar el rato, de

los eunucos adyacentes y de las soñadoras esclavas que tocan la guzla, una hija encantadora y además núbil, según noticias.

¡Qué diremos de su leve pié, de su talle cimbreante y de los cequíes y perlas con que adorna la escultural garganta! Su belleza cautivó á cierto sarraceno vecino, joven de excelentes prendas y buena familia, el cual, loco de amor, hizo lo que hacen los chicos decentes que quieren casarse. Esto es, pedir la mano á Papá.

Para lo cual le ocurrió la malaventurada idea de enviarle doscientos esclavos suyos con presentes y ricas dádivas.

Pero el moro padre, que es un suegro indómito (fué y para demostrar que la petición le honraba mucho, pero que su delicadeza le impedía aceptarla), mandó cortar la cabeza á los doscientos mensajeros.

No sé si se las remitió al novio bajo sobre. Esto ha sucedido en Argelia hace pocos días.

Lo cual prueba que, desde Ab-del-Kader y Luis Felipe hasta Mr. Loubet, la Argelia se ha civilizado mucho.

Y la civilización consiste en usar pomada húngara en el bigote, beber absintho á todo pasto y arrastrar el sable por las aceras.

Y nada más.

*
* *

La marinería yankí que peleó en las aguas de Cavite contra nuestra pobre é indefensa escuadra, se ha repartido el botín de guerra de Manila. Este póstumo y fúnebre despojo del poco glorioso combate, solo ha merecido á los grandes diarios un corto número de líneas, muchas menos, desde luego, que las dedicadas á las cosazas que á nuestros políticos se les ocurren durante las imperiosas vacaciones del estío. El último recuerdo doloroso de nuestra vergonzante debilidad se desvanecerá prontamente, sin que del desastre hayamos obtenido enseñanza alguna.

Ya no se habla de regeneración. Todo sigue lo mismo: ellos se pasan las horas en los cafés envenenándose con la misteriosa y esotérica infusión de achicorias, resolviendo los más

apurados trances de la guerra ruso-japonesa, con una idiotez é ignorancia suprema, las mujeres odiando al agua y creyendo al vil cocido el ideal alimento para la nutrición (?) de las familias. Morimos con una agonía risible y despreciable. En la decadencia, todos los pueblos han sido artistas; nosotros, durante ella hemos creado el carlismo. La última época de España estará representada ante el mundo, cuando los siglos pasen, por tres figuras supremamente castizas: el estudiante libre, el torero y el carlista. Tales tipos, en ninguna otra región podrían existir.

*
* *

Final de una crónica de Bonafoux: «El señor Villaverde está muy indignado con el Sr. Maura. Y tiene razón de estarlo. Después de haberle birlado el Poder, el Sr. Maura parece que se propone que los anarquistas le den un disgusto al Sr. Villaverde...»

Si este último señor escribiese y pensase como el autor de la cróniquilla, poca sombra le haría al Presidente del Consejo.

*
* *

A los hispanófobos que se ríen de nuestras costumbres y de nuestros fetichismos, les recomiendo el siguiente cablegrama de New-York: «Las botas que el presidente Roosevelt llevaba cuando todavía era pastor, han sido expuestas en S. Luis en el pabellón de Historia de los Estados-Unidos... La reliquia ha sido casi destrozada por ciertos aficionados á guardar antigüedades.»

¡Ah! si expusiéramos los anteojos de Cánovas ó las babuchas de D. Práxedes, habría superhombre ¡español! que nos llamaría imbéciles.

*
* *

De los 160 libros que figuran en la sección bibliográfica de una Revista española, tan sólo seis son de autores nacionales.

¿No se lee porque se produce poco y malo, ó no se escribe porque apenas hay lectores? Meditad.

*
* *

He visto camino del cementerio á un pobre obrero, que á las horas de más calor, descubierta la cabeza, iba con perezosos pasos como si temiese llegar pronto, cargado con un ataúd blanco, de parvulito...

—He ahí—me dije contemplándolo—la representación más honda y terrible del humano dolor: un padre que lleva por sí al hijito adorado al eterno lecho...

*
* *

He observado que las mujeres, cuando piden libros para leer, pocas veces citan obras determinadas. Temen que el hombre perspicaz llegue hasta su alma por la confesión de preferencias literarias.

*
* *

Cuando la crítica dice del mediano escritor que es un aprovechado discípulo de quien llegó muy alto..., suelo excluirle de mi biblioteca.

*
* *

Me río de los hombres que para denigrar á sus semejantes les llaman fanáticos. Que nadie se vanaglorie de no serlo, porque el fanatismo será el compañero perdurable de la Humanidad; sin él, ¡ay! del progreso.

*
* *

Unamuno es un gran literato que escribe con lamentable descuido por culpa de sus admiradores. Aquí en España cometemos el absurdo de corregir á los enemigos y de callarle los defectos al verdadero amigo.

*
* *

La memoria es enemiga del génio y el gran afeite de la ignorancia.

*
* *

Si cada rectificación hecha por nuestros rotativos se castigase con dejar para lo sucesivo un espacio en blanco idéntico al que ocupó la falsa noticia, llegarían todos á fin de año con las planas limpias como el armiño.

*
* *

La fecunda labor literaria de Martínez Ruiz *quedará* por el sello personalísimo que lleva, pero no por su trascendencia. Hé ahí un bien que es un mal y un mal que es un bien.

*
* *

Como este es el siglo de los grandes atrevimientos, habrán de permitirme ciertos espíritus tallados en Pafos, la confesión de que me deleitan más Hurtado y Quevedo, que los gigantes del clasicismo helénico. Seguro estoy que muchos de los que se reirán en público de mi sinceridad, piensan como yo.

*
* *

Si quereis despojar por un instante al hombre de la parte de idealidad que le distingue de los demás séres, cuando tengáis un grupo de espaldas miradles detenidamente las salientes orejas...

*
* *

Según dice la prensa, los oficiales del ejército japonés han solicitado que se les rebajen los sueldos hasta percibir lo mismo que los simples soldados. Si el hecho es cierto, este será el más grandioso de su historia... y de la Historia.

ADVERTENCIAS

No se devuelven originales y solo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

Precios de suscripción

Semestre..	2'50 ptas.
Trimestre.	1'25 »
Número suelto.	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe. Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo, Valencia.

Valencia.—Imp. de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.